

SERVICIO SECRETO

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

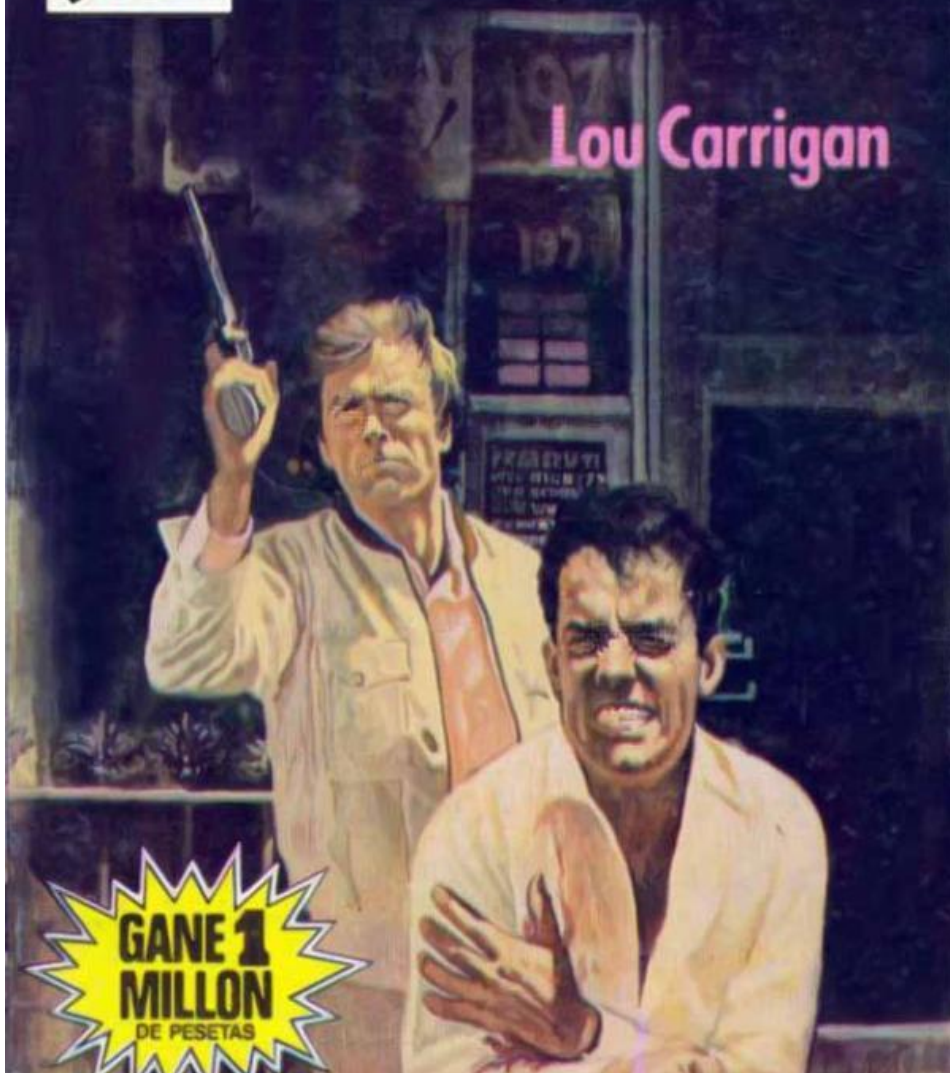


POLICIACO

«OCTOPUS» CONTRA «ESTRELLA DE MAR»

Lou Carrigan

**GANE 1
MILLON
DE PESETAS**



Hacía ya mucho rato que los dos hombres, situados en cubierta de la lancha, escrutaban la superficie de las aguas, oscuras, con apenas alguna cresta de blanca espuma.

En completo silencio, turnándose en el uso de los binoculares, con el apoyo del brillo de un gajo de luna en menguante, trataban de descubrir algo que truncara la monotonía de aquella mar lisa; algo que debía haber llegado ya, algo que empezaba a impacientarlos, incluso a preocuparlos.

La lancha se mecía dulcemente, a unas seiscientas yardas de uno de los atolones de White Horses, islas Bahamas, pocas millas al norte de la isla de Nueva Providencia.



Lou Carrigan

«Octopus» contra «Estrella de mar»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1788

ePub r1.0

Lds 22.03.19

Título original: «*Octopus*» contra «*Estrella de mar*»

Lou Carrigan, 1985

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía ya mucho rato que los dos hombres, situados en cubierta de la lancha, escrutaban la superficie de las aguas, oscuras, con apenas alguna cresta de blanca espuma.

En completo silencio, turnándose en el uso de los binoculares, con el apoyo del brillo de un gajo de luna en menguante, trataban de descubrir algo que truncara la monotonía de aquella mar lisa; algo que debía haber llegado ya, algo que empezaba a impacientarlos, incluso a preocuparlos.

La lancha se mecía dulcemente, a unas seiscientas yardas de uno de los atolones de White Horses, islas Bahamas, pocas millas al norte de la isla de Nueva Providencia.

El horizonte presentaba un apagado tono rojizo, como si el sol se resistiera a abandonar aquel bucólico paraje de unos islotes bañados por un mar en calma.

El hombre que tenía en aquellos momentos los binoculares los bajó con un gesto de duda. Miró a su acompañante.

—Deberíamos desistir, Launder. No se presenta.

—Es temprano aún, mayor. A juzgar por el modo en que ha enfocado la cita, ese hombre, quien sea, está tomando muchas precauciones. No me extrañaría que nos estuviera espiando. Tal vez no confía de un modo decidido en nadie.

El mayor Peggler, de la USAF, aún mostraba un gesto de duda. Al parecer, no estaba al corriente de ciertas sutilezas. Lo contrario que el agente de la CIA Frank Launder, quien con toda calma, sin forzar demasiado la vista, sin alterar sus nervios, estaba esperando algo que se produciría; no tenía de ello la menor duda.

—¿Está seguro de que ese hombre no le habló del motivo de esta... llamémosle reunión? —inquirió el mayor Peggler.

El agente de la CIA esbozó una sonrisilla sin significado.

—No sé más que usted, mayor.

—O sea: no sabemos nada.

—Nada. No obstante, me siento capaz de sacar algunas conclusiones de esta cita. Para la CIA no es insólito recibir una llamada que implique... ofertas, por ejemplo.

El mayor Peggler miró el perfil de Laundry, quien usaba los binoculares en aquellos momentos.

—¿Quiere decir que ese hombre va a ofrecernos algo? —inquirió.

—Es posible.

—¿A la USAF, o a la CIA?

—Probablemente, a ambos.

—¿Y para eso tanto misterio? Sea quien sea ese hombre, habría encontrado más facilidades en un viaje a Washington, y allí...

—No siga, mayor. De una cosa no le quepa duda: si nuestro comunicante actúa en esta forma es porque la considera la más conveniente... para sí mismo. Eso es obvio. Otra de las conclusiones que puedo sacar, es que nuestro hombre corre algún riesgo. De ahí que tome todas las precauciones que considere necesarias, y aun las superfluas.

El mayor Peggler reflexionó durante unos instantes, y acabó por encogerse de hombros y cerrar la boca, mientras el agente de la CIA proseguía con su inspección ocular de la superficie del mar.

—¿Cree que puedo encender mi pipa, Laundry? —inquirió el mayor Peggler, delegando de un modo tácito la iniciativa al agente de la CIA.

Laundry no respondió.

Su mirada, a través de las poderosas lentes, estaba fija en un punto de aquella bruñida superficie.

—Mejor que encienda la linterna: luz roja y blanca, ya sabe. Es lo convenido —musitó—. Luz intermitente.

—¿Ya llega? —inquirió el mayor.

—Creo que sí. La señal, mayor.

El mayor Peggler sólo tuvo que extraer la linterna del bolsillo, y empezar a emitir señales intermitentes, en luz roja y blanca; destellos que parecían querer bañarse en la superficie del maravilloso mar en calma; reflejos que se hundían, que

desaparecían bajo el mar.

—¿Es él? —inquirió el mayor.

—Por el momento, puedo decirle que se acerca alguien con un bote. Y eso fue lo que nos dijo aquel hombre —murmuró, cauto, el agente de la CIA—. Nos prepararemos para recibirle.

—Bien. Echaré la escala, y...

—Quiero decir, mayor, que tengamos las automáticas a punto —gruñó Laundry.

—Oh... Vaya... Apasionante profesión la de espía. Siempre he pensado que sólo son espías los desconfiados de nacimiento.

—Casi. Su pistola, mayor.

—Sí...

Los dos hombres empuñaban ya sus armas, y a una seña de Laundry se parapetaban en la borda de la lancha, sin que Laundry dejase de atisbar la llegada de aquel silencioso bote neumático a remos. Descubrió a un solo hombre en el bote, y un poco más tarde, realizaba otro descubrimiento: era un japonés que debía rondar los sesenta años. Solo, cansado, desconfiado, con el rostro brillante a causa del sudor...

—Es japonés —musitó el mayor Peggler.

—Ahora, la escala.

Fue cuestión de poco tiempo que el bote llegase a abordar la lancha, a chocar blandamente contra ella, produciéndose un ligero desplazamiento, un balanceo. Pero el japonés estaba aferrado ya a la escala, y trepaba. Lo primero que dijo al saltar a cubierta fue:

—Por favor, hunda el bote.

Laundry apenas vaciló dos segundos: su automática lanzó dos leves chorros de fuego, dos apagados estampidos.

Se oyó un leve siseo. El bote empezó a arrugarse, el fondo se iba inundando, e instantes más tarde desaparecía de la superficie. Fue entonces cuando Laundry prestó total atención a aquel japonés, vestido con un traje blanco, camisa azul turquesa, zapatos blancos...

La oblicua mirada del japonés recorrió, con inquietud, el contorno de la lancha.

—Iré con ustedes a tierra, y a la base. El mayor Peggler se ocupará de que se cumplan las condiciones que aquí se van a estipular. Como ven, mi primera condición es la de sentirme a

salvo.

—Diga su nombre —pidió Launder.

—Teino Kinugasa.

—Bien, señor Kinugasa, al parecer tenemos bastante que hablar —dijo el mayor Peggler—. Puesto que éste es un buen lugar, y teniendo en cuenta que el tiempo apremia, nos gustaría escucharle cuanto antes.

El japonés se humedeció los labios, y echó un vistazo por el contorno, recorriendo la superficie del quieto mar con la mirada.

—¿Por qué tanto miedo? ¿Qué teme, Kinugasa? —inquirió el agente de la CIA.

—Son demasiadas cosas —susurró el japonés.

—¿Cree que incluso aquí corre algún riesgo?

—No lo sé. Espero que no. Y puesto que el mayor está impaciente, es mejor ir al grano.

Launder señaló la cabina, donde estaba el único camarote de la lancha.

—Le escucharemos con gusto.

Se dirigieron hacia la cabina. En un reducido espacio, los tres pudieron tomar asiento, y sentirse relativamente cómodos. Launder extrajo un paquete de cigarrillos. Los otros dos hombres rehusaron la invitación, y el agente de la CIA encendió uno, calmoso, estudiando al japonés con disimulo.

—¿De qué se trata? —inquirió, de pronto, Launder.

Kinugasa vaciló.

—Debo asegurar ciertas ventajas para mí. Ya les dije que eso era en primer lugar.

El mayor Peggler contestó:

—Pone precio antes de mencionar la mercancía, Kinugasa.

Con una sonrisa, Launder intervino:

—Es corriente en nuestra profesión, mayor —dijo—. Sabemos que un espía es persona conservadora, astuta, y nada fantasiosa. Tenga la seguridad de que el señor Kinugasa no nos ofrecerá una partida de grillos disecados. Pondrá precio primero, y luego —volvió a sonreír—, nos asombrará, estoy seguro, con sus revelaciones. ¿No es así, señor Kinugasa?

—No pretendo asombrarles. Por lo demás, mi petición es simple: dinero y protección.

—¿A cambio de qué? —inquirió el mayor Peggler—. Muchas cuestiones de espionaje no afectan en absoluto a las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, señor Kinugasa.

—Nadie ha mencionado la palabra «espionaje» —dijo el japonés—. Pero digan: ¿han oído hablar de «Hoshi Umi»?

El mayor Peggler mostraba Claramente en su gesto que no, que era la primera vez que oía aquellas dos palabras. Launder había entornado los ojos, y murmuró:

—Eso significa «Estrella de Mar», en japonés.

—En efecto. ¿Habla usted japonés?

—Tengo algunos conocimientos. ¿Es importante, para el caso?

—No, no, en absoluto. Insisto: ¿han oído hablar de «Hoshi Umi»?

—No —gruñó el mayor.

Launder se limitó a negar con un movimiento de cabeza, y una sonrisa.

—¿Va a hablarnos de la vida, reproducción y muerte de las estrellas de mar?

—Preferiría que ahorrara bromitas, señor Launder —dijo, seco, el japonés— «Hoshi Umi» es una poderosa organización privada.

—Ya. Japonesa, claro —dijo Launder.

—No es del todo exacto.

—¿Entonces? —inquirió Launder.

—La organización se extiende por...

Ocurrió entonces.

De un modo inesperado, brutal. Una tremenda explosión sacudió la lancha, la levantó, astilló el casco.

Los tres hombres, aún sentados, pudieron ver la expansión de las llamaradas: aquellos relámpagos entre rojos y cárdenos, con tiras amarillentas, que parecían un fuego de artificio en alta mar. De todos modos, la visión fue muy fugaz, brevísima: trueno y fuego casi al unísono.

El primero en morir fue el mayor Peggler, que quedó con la cabeza destrozada, empotrada en astillas de metal, que empezaron a inundarse de sangre. El japonés, dado su escaso peso, fue arrancado de la silla con tremenda violencia, y casi atravesó los cristales de la cabina. Lamentablemente para él, no llegó a atravesarlos del todo, y su abdomen quedó pegado, clavado, a las aristas de cristales,

hundido, lleno ya de sangre aquel tabique abollado.

En cuanto a Launder, aterrizó de espaldas, golpeándose con fuerza contra un escabel fijo en el tabique, y aún tuvo fuerzas para sentarse, para empezar a sacudir la cabeza, y dirigir una mirada llena de horror a Peggler, muerto, con el tronco lleno de la sangre que brotaba de su cuello cercenado; vio también a Kinugasa, con débiles pataleos ya, incapaz de arrebatar su abdomen a las mortales aristas clavadas.

Se produjo la segunda explosión, y fue como si la lancha se partiera en dos; como si se abriera una grieta infernal, que atrapó de lleno el agente de la CIA, entre agua, aceites, sangre...

Launder no pudo ya percatarse de que la partida lancha estaba poco menos que desmenuzada, y que él, aferrado a un hierro retorcido, se hundía, con sólo unos segundos de desesperada vida.

Hasta que la oscuridad fue total; hasta que sólo afloraban burbujas a la negra superficie, que se había bañado en líquidos colores unos momentos antes.

Las aguas, instantes más tarde, volvían a su manso brillar bajo el gajo de luna, como si no hubiesen sido alteradas.

Flotaban unos maderos, manchas de combustible, objetos difíciles de reconocer, todo a la deriva, mansamente...

Por lo menos, ésa era la impresión del espectador situado en lo alto de un coral fosilizado, en un arrecife, a unas quinientas yardas de distancia. Una figura agazapada, que utilizaba un «sniperscopio» de luz ultravioleta para penetrar en la oscuridad.

Las lentes del «sniperscopio» le permitían ver con absoluta nitidez, en color blanco, los contornos de todas las cosas que flotaban. Así que identificaba objetos diversos, pero ningún cuerpo humano. Sin confiarse en absoluto, aquella figura aún permaneció por espacio de quince minutos espiando la superficie del mar, asegurándose de que, por el momento, ninguno de los tres cadáveres salía a flote.

Por fin, consideró que el margen era suficiente. Además lo veía todo con mayor claridad, ya que los objetos se estaban acercando a aquel islote, en su lenta deriva. Por tanto, dejó de mirar por el «sniperscopio», y lo guardó en una bolsa deportiva. Tomó ésta, y echó a andar, hacia el otro lado del arrecife.

Una figura negra, con la goma del traje subacuático brillante;

una figura armoniosa, cuyas formas alejaban cualquier duda: caderas perfectas, senos suavemente pronunciados, un poco aplastados por la goma del equipo submarino. Armonía en el caminar, en cualquier movimiento. Armonía y elegancia...

Atravesó el diminuto atolón, y en la costa opuesta fue hacia una roca coralífera que tenía un apreciable hueco. Allí se dispuso a cambiar de indumentaria. Al quitarse el traje de goma, los senos parecieron dispararse, vibrar; unos senos magníficos, color plata, a la luz de la luna. Todo se arregló con unos sujetadores, una faldita partida, con cierre sólo en la cintura, de color blanco y un jersey azul marino; sandalias blancas, cabello negro, suelto, brillante...

La mujer revisó el contenido de la bolsa.

Parecía satisfecha. Había bastado con utilizar dos minas tipo «lamprea», y adherirlas al casco de la lancha. ¡Qué fácil!

Fresca, lozana, como si no hubiese nadado mil yardas entre ida y vuelta, y matado a tres hombres, aquella hermosa mujer se metió en un bote neumático. Sólo tenía que remar una milla, hacia otro atolón, donde tenía su lancha.

* * *

Oscar Donegan se sentía furioso. En realidad, por ninguna razón especial. Era una ira inútil, que además dirigía contra sí mismo, por una razón tan pueril como la de que tenía una barba insoportable.

Acababa de afeitarse, y su barba muy negra ya crecía otra vez.

Oscar Donegan tenía una cita aquella noche. Una cita de circunstancias, profesional. Así que por dignidad propia se había duchado, afeitado, y vestía un traje claro, con una camisa deportiva, muy de acuerdo con el ambiente nocturno de Nassau, la bella ciudad de la isla de New Providence, de las Bahamas.

Dejó de mirarse en el espejo, con un gruñido, y se dispuso al consabido vistazo en torno, para comprobar que todo estaba en orden. Se sintió satisfecho en este aspecto, encendió un cigarrillo, miró su reloj de pulsera, y dio dos pasos hacia la salida de la *suite*; una magnífica *suite*, en el Windsor Hotel, Rawson Square.

Quedó quieto, atento el oído, y la mano deslizándose hacia el costado izquierdo, donde enfundaba su automática.

En efecto, su oído no le había engañado. Alguien estaba tratando de abrir la puerta de su *suite*, con evidente torpeza, lo cual no

dejaba de resultar sorprendente; estaba hurgando con una ganzúa, o quizá una llave, en la cerradura de su puerta.

Oscar se sintió magnánimo, y decidió ahorrar trabajo a su inesperado visitante. Por tanto, prosiguió su avance, y al llegar frente a la puerta, abrió de un tirón.

Se oyó un grito de sorpresa.

La mujer que estaba tratando de abrir la puerta se irguió. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, expresando sorpresa y sobresalto.

Oscar trató de mostrarse amable con aquella linda chica que tenía la llave en la mano y que no acertaba a pronunciar una sola palabra.

—Permítame —dijo amablemente.

Tomó la mano derecha de la chica, y miró la placa de la llave.

La mostró a la joven sonriendo.

—*Suite* 320 —dijo—: es el piso de arriba.

—¡Oh! Pero... Bueno, tendrá que disculparme, señor... ¡Qué error! ¿Qué pensará de mí...?

—Que ha sufrido un error sin importancia, y que, lamentablemente, pues es eso: un error —sonrió de nuevo Oscar—. No debe preocuparse por esto. ¿Quiere que la acompañe a su *suite*?

La muchacha se mordía los labios; desviaba la mirada. Oscar, en cuestión de unos segundos, pudo calibrar toda la belleza de aquel cuerpo esbeltísimo, libre de ciertos engorros que su silueta no necesitaba. Un cuerpo espléndido, enfundado en un liviano minivestido de color violeta que apenas nada disimulaba el precioso tono bronceado de la fina y turgente piel de aquella chica de maravillosa cabellera negra...

Oscar iba a insistir en acompañarla a su *suite*, cuando ella se echó a llorar.

Fue un irreprimible acceso de llanto que pareció avergonzarla. Daba la impresión de que iba a salir huyendo de allí, y Oscar, sorprendido por aquella reacción, tomó a la hermosa muchacha por un brazo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió.

Ella seguía con aquel prolongado sollozo que amenazaba con ahogarla, y Oscar, un poco incómodo, mirando a ambos lados del pasillo, optó por hacer lo que pudiera por aquella joven, pero de un

modo discreto. Así que la introdujo en la *suite*, venciendo cierta resistencia por parte de ella.

—Vamos, vamos, cálmese...

La muchacha parecía hacer grandes esfuerzos por serenarse. Miraba a Oscar con cierto recelo, casi con miedo. Parecía sentirse acorralada allí dentro. Incluso retrocedió, hasta que su recta espalda quedó pegada a la puerta.

—Por favor, dígame cómo puedo ayudarla —dijo Oscar, inquieto.

—Perdone... Ha sido... ha sido una reacción histérica...

—Debe obedecer a algún motivo, estoy seguro. Insisto: quiero ayudarla. No tema nada malo de mí, señorita... señorita...

—No, no. Estoy casada. Me llamo Edna Cramer. Y yo... Yo... Mi esposo...

Y de nuevo empezó a llorar, quizá incluso con más fuerza. Oscar decidió mostrarse un poco más enérgico con ella. La tomó de nuevo por un brazo, y la metió en la *suite* propiamente dicha, en un ambiente agradable, con las persianas graduables entornadas, permitiendo la entrada de brochazos luminosos de distintos colores, olor a trópico y rumor de mar cercana...

—Aquí sentada, señora Cramer —dijo Oscar—. Y tranquilícese. ¿Le sucede algo a su esposo, acaso? Podemos avisar a...

—¡No, no, se lo suplico! No avise a nadie...

N-no...

no le ocurre nada. Es decir...

—Parece que sí ocurre algo —disintió Oscar, esbozando una sonrisa que trataba de animar a la señora Cramer.

Ésta había inclinado la cabeza. Durante unos segundos permaneció en silencio. Oscar la imitó, esperando que ella dijera algo, que marcara la pauta. Por fin, patética, sonó la voz de la señora Cramer.

—Era un truco —musitó—. Yo sé muy bien que ésta no es mi *suite*, señor. Esto me... me lo sugirió mi esposo, que está dejando todo nuestro dinero en el casino... Me dijo: «equivócate» de *suite*, y tráeme algo para seguir jugando, esto es sólo una mala racha. Y, querida, no hace falta que seas demasiado complaciente: haz promesas, sólo promesas...

Oscar Donegan pudo disimular bastante bien su asombro, y lo

dominó rápidamente, pensando que había visto cosas más peregrinas en sus cuarenta años de vida. La joven y bella señora Cramer, para paliar un poco su turbación, buscó en el bolso el paquete de cigarrillos, extrajo uno, y el propio Oscar se apresuró a darle fuego.

—Gracias —dijo la señora Cramer—. No lo molestaré más, señor.

—¿Qué va a hacer? —inquirió Oscar.

Ella encogió los hombros, tras ponerse en pie.

—No sé... Debería darle una lección a mi esposo, ¿no cree? De todos modos, usted tiene derecho a denunciarme a la policía: intentaba entrar en su *suite*, y algo más, usted ya comprende...

—No he pensado nada de eso, señora Cramer. Lo que siento es que no creo que en un caso como éste deba ayudarla. Sin embargo, regresaré antes de medianoche. Si me necesita para alguna otra cosa, cuente conmigo.

—Muy amable. Creo que lo que haré será abandonar el hotel, y por tanto, a mi esposo. Pero eso son cosas muy personales... No quiero turbarle con todo esto. Una vez más, perdone.

La joven señora Cramer dejó el cigarrillo a medio consumir en el cenicero. Miró a Oscar, y luego, con paso rápido, huyendo avergonzada por todo aquello, echó a andar, y abandonó la *suite*. Oscar Donegan permaneció quieto, pensativo, durante unos segundos. Luego, decidió olvidar aquel asunto. Lo suyo era mucho más importante. En definitiva, una mujer hermosa de la que su marido trataba de sacar partido: hay gente así de repugnante.

Tras encoger los hombros, dio un par de pasos hacia la salida.

Luego, voló.

Oscar no supo por qué, ni cómo. Simplemente, voló, para estrellarse contra la pared, ya muerto, destrozado.

Ni siquiera tuvo tiempo para asombrarse de la potencia explosiva de aquel insignificante cigarrillo...

CAPÍTULO II

En la central de la CIA en Langley, en un discreto despacho, cuatro hombres, cuya expresión era sumamente grave, acababan de estudiar un *dossier* repleto de información.

Habían completado el *dossier* aquella mañana, se convocó inmediatamente la reunión, y cuatro jefes de distintos sectores de la CIA habían acudido para escuchar al señor Lattuada, su jefe inmediato, un magnífico ejemplar de hombre, con el cabello color plata en las sienes y ojos muy negros. Lattuada extrajo un puro con boquilla, y lo encendió, mientras reflexionaban sobre lo leído.

Los señores Ophuls, Kester, Penn y Mac Farlane, pensaban también por su cuenta. Fue Ophuls quien tomó la palabra:

—¿Dónde está el agente Octopus?

Lattuada esbozó una sonrisa.

—Mi secretaria le está localizando, Ophuls. Como ve, a mí también se me ha ocurrido contar con él.

—Bien... Habrá que pasarle a él todos esos informes, y que actúe en consecuencia. Ahora bien, en el mismo *dossier* estamos mezclando dos asuntos que pueden ser distintos —dijo Ophuls—. Uno de ellos, trata de la muerte de dos de nuestros agentes: Launder y Oscar Donegan. El primero, fue reventado en el mar. El segundo, en un hotel, y aún no nos explicamos las causas. Asimismo, hay que lamentar la baja del mayor Pegpler, de la USAF. Éste, es el primer asunto. El segundo, es la desaparición alarmante, extraña, de cierto tipo de aviones.

—Yo mismo he relacionado ambas cosas, Ophuls —dijo Lattuada—. Es por intuición, quizá. No puedo mencionar otro motivo. Pienso que la USAF fue citada, junto con la CIA, por alguien que tenía algo que explicar o algo que ofrecer. En estos momentos en

que están desapareciendo aviones nuestros, y es citada la USAF, me inclino a encajar lo ocurrido en las Bahamas con la desaparición de esos aviones.

Mac Farlane intervino, diciendo:

—Es posible que haya relación, Lattuada. Sin embargo, y pese a tener en la mano ese *dossier* —lo señaló con un gesto del mentón—, no hay muchos datos que podamos ofrecer a Octopus Shanon. Por ejemplo, sí sabemos, eso es lógico, número y tipo de aviones desaparecidos, y bases que han denunciado tales desapariciones, todas del Caribe. Pero ignoramos todo lo relativo a lo ocurrido con Launder, Oscar Donegan y el mayor Peggler.

Lattuada asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Hay que trabajar con lo que tengamos, que prácticamente, es nada. Nada sobre Peggler y Launder: sabemos lo de la cita de Donegan, y sabemos dónde y cómo, pero no con quién. Tampoco sabemos exactamente de qué querían hablarnos.

—Entonces, ¿qué datos poseemos? —inquirió Mac Farlane.

—Uno que puede ser importante: a raíz de la desaparición de Launder y Peggler, la CIA recibió una comunicación muy misteriosa, procedente de Nassau, donde se concertaba una nueva cita. Esta vez, dieron señas: 3060 de Village Road, en las afueras de Nassau, al Este. Fue cuando pusimos en movimiento a Oscar Donegan, quien murió sin poder acudir.

—Lo cual indica que el comunicante fue descubierto —dijo Ophuls.

—No hay duda —rezongó Lattuada—. Y si murió Oscar, creo que no debemos hacernos muchas ilusiones con respecto a lo ocurrido con nuestro segundo comunicante. Pero, repito, tenemos unas señas. A partir de ahí, Octopus Shanon actuará.

—Veo que relacionamos también la segunda cita, de Oscar, con la de Launder y Peggler —intervino Penn.

—A mi entender, todo forma parte del *dossier* —dijo Lattuada—. Si me equivoco, habrá que emprender otro camino. Yo veo aquí que todo encaja de un modo perfecto, o... podría ser puro azar, claro. En determinadas cuestiones, y sin despreciar el azar, me inclino a creer que todo es preparado, organizado, así que...

Lattuada dejó de hablar. Sonaba el teléfono.

Tomó el auricular.

—¿Sí, miss Porter? —inquirió.

Oyó lo que decía miss Porter, y arqueó las cejas, en señal de perplejidad.

—Está segura de eso, supongo, miss Porter —dijo.

—Desde luego.

—Magnífico, magnífico... Volveré a llamarla dentro de dos minutos. Buen trabajo.

Lattuada colgó el teléfono, y miró a todos, sonriendo.

—Tenemos localizado a Octopus. Su posición es inmejorable.

* * *

A Malcom Shanon, en cuestiones deportivas, le repugnaban las trampas. Él iba a ganar holgadamente aquella competición, pero, por supuesto, con su propio esfuerzo, con su pericia en el manejo de la «yola» con la que tomaba parte en la competición a vela, «*yachting*», que se celebra anualmente entre Miami y Nassau.

Desnudo de medio cuerpo para arriba, bajo el magnífico sol, Malcom daba la impresión de ser un gigante de bronce, invencible. Iba acompañado, según el reglamento de la «yola», por tres tripulantes, pero él se bastaba para el manejo de aquellas velas. Dos foques, una escandalosa, y un tercio mayor, todas al viento, perfectamente orientadas.

La «yola», blanca, de veinte pies de eslora, era una esbeltísima embarcación, llamada *Cangrejo*. No era la primera competición que iba a ganar. Las dos estancias de Malcom en Nassau en competiciones anteriores, habían sido una verdadera apoteosis.

El mérito era mayor aún si se tenía en cuenta que la competición era libre, e incluso participaban goletas con ocho o diez tripulantes.

Tras cerciorarse de que todo marchaba perfectamente, Malcom se apoyó en el palo mayor, y dirigió un vistazo en torno. La *Cangreja* iba sola. No veía a ningún otro participante desde hacía mucho rato...

—Llamada de Langley, Malcom. El señor Lattuada.

Pareció disiparse un poco la satisfacción deportiva de Malcom. Su gesto se tornó más duro, más grave.

—Está bien, Eddy —dijo—. Cuida de las velas.

—Descuida.

Malcom pasó al camarote, para lo cual tenía que inclinarse

ostensiblemente. Fue hacia la pequeña cocina donde la potente emisora, con un camuflaje perfecto, estaba empotrada; para manejarla bastaba mover las diales de los tres juegos, en determinada forma y rotación. Antes de colocarse los microscópicos auriculares, Malcom encendió un cigarrillo, y reflexionó un poco.

Por fin, respondió a la llamada.

—Estoy a la escucha —dijo, simplemente.

—¿Cómo va esa competición, Malcom? —Era la voz de Lattuada.

—Bien, muy bien. La ganaré.

—¿Cuándo llegarás a Nassau?

—Calculo que a las cinco de la tarde.

—Es un poco precipitado... Por conveniencias de esta misión, y como otras veces, interesa que la información llegue a destino antes que tú. ¿Puedes retrasar la llegada tres o cuatro horas? Ya sé, ya sé, significa perder la competición... Lo siento.

—Llegaré con ese retraso.

—Gracias. Necesito saber en qué hotel vas a alojarte.

—Si es en Nassau, y con misión, en el Clarissa.

—De acuerdo. No voy a anticiparte nada. A su debido tiempo, tendrás toda la información que nosotros poseemos.

—¿Algo más?

—No. Buena suerte.

Fue todo. Malcom dejó la emisora convertida en una inofensiva cocina, y aún permaneció sentado en el taburete unos minutos, fumando, terminando el cigarrillo. En aquellos momentos, sus ojos presentaban un tono ceniciento, frío: como si en sus pupilas la ceniza se transformara en un duro metal.

Por fin, arrojó el cigarrillo, y regresó a cubierta.

—¡Eddy! —llamó.

Eddy se reunió con él en el pequeño y único camarote. Por supuesto, Eddy conocía muy bien todas las expresiones de Malcom. Sabía, pues, que algo iba a ocurrir, así que no se asombró en absoluto al oír:

—¿Cómo podríamos conseguir un retraso de cuatro horas en nuestra llegada a Nassau?

Eddy reflexionó unos instantes.

—Yo destriparía la vela escandalosa. Habrá que bajarla,

remendarla, y colocarla de nuevo en posición. Si no nos damos prisa, perderemos ese tiempo. Y adiós el trofeo, Malcom.

—Lo sé. Destripad esa vela.

Eddy, sin hacer pregunta alguna, sonrió.

—Será divertido ver cómo nos adelantan nuestros competidores: ¡no van a creer en su suerte!

* * *

Es cierto que Malcom llegó el último, pero aun así ganó la competición. Había bastante público en los muelles. Muchos turistas, el comité organizador de la travesía a vela, periodistas deportivos, y, ¡cómo no!, revisteros siempre en busca del escándalo, de la mordacidad, de la noticia sensacional.

La verdad es que a los campeones, una goleta con ocho tripulantes, sólo les habían hecho caso para entregarles el trofeo. Los vítores, las ovaciones, fueron para la «yola» de Malcom apenas hizo su aparición en el horizonte, esbeltísima, blanca, perfecta... Luego, ya se apreciaba el remiendo bastante tosco de la vela escandalosa.

El sol, hundiéndose en el mar, lanzaba un tono rosa fuerte en todas direcciones: la mar, quieta, muy azul, oscureciéndose rápidamente. Colorido en el puerto, en el muelle de arribada, donde, precisamente, se agolpaban muchas mujeres. De ahí el éxito de Malcom.

Fue una llegada llena de lamentos. Malcom, muy contrariado, con voz aflautada en algunos momentos, denotaba un mal perder. Continuamente señalaba su remendada vela escandalosa, y obligaba a los periodistas a fotografiarla.

—Estoy muy cansado, y contrariado. Deberían anular la competición —decía Malcom—. Reclamaré al comité organizador. ¡Qué mala suerte la mía...! Además, hemos corrido incluso peligro de muerte: sin la vela, zozobrábamos, estábamos a merced del viento, de las olas... Ha sido una aventura terrible... ¡Terrible!

Las miradas de las mujeres, unas soñadoras, otras inflamadas, no se apartaban de la figura del actor, virilmente elegante con su uniforme blanco de *yachtman*.

—Lo único que deseo en estos momentos es retirarme al hotel. Descansaré unos días de esta terrible zozobra a merced de las furias

del mar...

A todo esto, se había abierto ya paso hacia donde estaba el coche plateado que le esperaba, con un chófer del Clarissa manteniendo la portezuela abierta. Protestando, lamentándose, Malcom, solo, dejando a sus tripulantes al cuidado de la «yola», se metió por fin en el «Rolls Royce» propiedad de míster Pickford, el gerente del Clarissa.

El chófer, impávido, imperturbable, ponía el coche en marcha instantes más tarde, con la lívida luz del *flash* aún brillando, tras las últimas fotografías de los reporteros.

El coche, tras bordear Rawson Square, tomó por Bay Street, el maravilloso paseo lleno de luces, bordeado por palmeras muy altas, dobladas por la sempiterna brisa caliente de las Bahamas.

Bay Street hacia el este, en busca de Fort Montagu. En la curva de la gran rada, frente al mar, se veía el luminoso en rojo: «Clarissa Hotel».

Todas las luces del hotel estaban encendidas. Sin ser demasiado grande, el Clarissa podía ofrecer los máximos alicientes al turismo que gustaba de gastar dinero. Lujo, tranquilidad, varias piscinas, campo de minigolf, tres canchas de tenis, un gran semicírculo de verde césped-solárium...

El primero en acudir al encuentro de Malcom fue míster Pickford, un hombre alto, delgado, elegantísimo, con el cabello gris, cuyos modales parecían bastante afectados, estudiados. Recibió a Malcom en el *hall* ante la curiosidad de mucha gente que reconocían al famosísimo actor.

—Míster Malcom, en primer lugar, bienvenido al hotel. En segundo lugar, permítame expresarle mi condolencia por lo ocurrido... ¡Todos tenemos la seguridad de que usted hubiera sido el vencedor!

—Muy amable, míster Pickford.

—Debe sentirse terriblemente cansado. Y deprimido. Me he permitido reservarle su *suite*. Con mucho gusto le acompañaré.

—Luego traerán mi equipaje. Después de todo, pienso que es maravilloso haber sobrevivido a esa aterradora aventura en pleno mar.

Se habían acercado a recepción, y el conserje, circunspecto, impecable con el azul uniforme del hotel, tomó un sobre de una

casilla, y lo tendió a Malcom.

—Ha llegado esta tarde, míster Shanon.

Malcom miró con horror aquel sobre. Destacaba claramente la marca de la productora cinematográfica que lo tenía contratado en exclusiva: la Eagle Pictures. Parecía que el sobre ardiera, Malcom se resistía a tomarlo.

—¡Esto es inaudito! —chillaba, con voz afectada—. ¡He estado a punto de morir ahogado, y encima tengo que leer más guiones...! ¿No es verdaderamente cruel lo que me sucede?

Por su compungido aspecto, el señor Pickford parecía estar completamente de acuerdo. Sin embargo, finalmente, Malcom tomó el sobre, lo arrugó, lo metió en un bolsillo de su impecable chaqueta blanca, y, furioso, caminó hacia uno de los ascensores, seguido por el señor Pickford. Tomaron el ascensor. Tercera y última planta. En la *suite* 360 tenía preparado Malcom el alojamiento.

Siempre protestando, lamentándose, entró en la *suite* en compañía del señor Pickford, que parecía sufrir mucho con las innumerables desgracias de su cliente.

No obstante, cuando se hubo cerrado la puerta de la *suite* a espaldas de los dos hombres, la actitud de ambos cambió de modo total, absoluto. El señor Pickford perdió toda su afectación, la bobería de su gesto, y su mirada gris se posó gravemente en los ojos de Shanon. Por su parte, Malcom gruñó:

—Trae algo para beber, Alan.

Mientras Alan Pickford preparaba sendos *whiskys*, solos, con un poco de hielo, Malcom, con seca sonrisa, echó un vistazo al conjunto de la *suite*, magnífica, orientada de cara al mar, con la terraza bien surtida de plantas tropicales, llenas de color. Había *closet*, y un enorme cuarto de baño, con una sensacional serigrafía, con motivos de orgías romanas. Baños impúdicos de damas romanas que, para el gusto de Malcom, pecaban de exceso de volumen en senos y caderas.

Se sentaron ambos. Malcom probó el *whisky*, y dijo:

—Sin novedad, Alan, supongo.

—Ninguna, Malcom. Por lo demás, llegó el sobre, por el conducto de otras veces.

—Bien. No quiero ser molestado. Parece que se trata de un largo mensaje, en clave, naturalmente, y no sé el tiempo que tardaré en

descifrarlo. Para todo el mundo, estoy muy cansado y deprimido. Si te necesito para algo tras descifrar el mensaje, te avisaré.

—¿Necesitas algo más aquí? Tienes tus marcas preferidas, música de tu gusto, tranquilidad...

—Magnífico, Alan. Eres un gran tipo.

—Tú eres mejor. Hasta luego —sonrió Pickford.

Se dirigió hacia la puerta de la *suite*, la abrió, salió..., y volvió a entrar apenas diez segundos más tarde. Malcom, con el vaso en la mano, lo miró interrogante.

—¿Has olvidado decirme algo?

—No —sonrió de modo extraño Pickford—. Sólo he vuelto para entregarte una tarjeta de visita que acaban de darme para ti.

—Ya —Malcom alargó el brazo, y tomó el sobre que le tendía Alan Pickford—. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—No creo. Son dos muchachas, que parecían divertidísimas.

Malcom asentía, mientras sacaba la tarjeta de visita del sobre. Al verla, casi dio un salto en el sillón, y volvió a mirar vivamente a Pickford.

—¡Demonios...! ¿Tú has visto esto...?

—Pues sí —rió Pickford—. Y debo admitir que como tarjeta de visita es inmejorable.

—Caracoles...

Malcom volvió a mirar la fotografía. Era de una muchacha bellísima, de largos cabellos de color oro, piel bronceada, ojos color miel, enormes, boca llenita, sonriente, y un cuerpo absolutamente sensacional... y con menos ropa encima que un pingüino en el trópico.

—¿La hago pasar? Bueno, hay dos... Parece una broma.

—Que pase solo la que ha entregado la tarjeta. Si la otra quiere pasar también, que se procure otra tarjeta como ésta.

—¡De acuerdo! —rió Pickford.

Salió del saloncito, y poco después llegaba con la muchacha de la fotografía. Vestida resultaba impresionante, por su elegancia y buen gusto. Malcom, todavía sentado, la estuvo mirando, y mirando la fotografía. Por fin, poniéndose en pie, dijo:

—Pues sí, es usted.

—Celebro ser fácilmente identificable, señor Shanon.

—¡Vaya si lo es...! Y dígame, señorita..., señorita...

—Millicent Starbrook.

—Encantado. Dígame, señorita Starbrook: ¿qué clase de broma es ésta? Lo pregunto porque a mí me encantan las bromas, pero claro, siempre y cuando las entienda.

—No es ninguna broma.

—Ah. Bueno, quizá usted pretende un puesto en mi próxima película, y... ha pretendido..., digamos impresionarme... favorablemente. ¿Acierto?

—Ni por asomo. Soy periodista, señor Shanon. Trabajo en una revista de nuestro país, y tengo gran interés en conseguir una entrevista exclusiva de usted. Algo nuevo, diferente... Como sé que no es fácil que usted reciba en este plan a los periodistas, he... apostado con una amiga a que yo sí lo conseguía.

Alan Pickford estaba estupefacto ante la desfachatez, el aplomo de aquella muchacha. Por su parte, Malcom la contemplaba cada vez más atentamente. Millicent Starbrook era realmente tan hermosa, tan encantadora, que valía la pena quedarse embobado mirándola toda la vida. ¡Y qué agallas tenía la niña...!

—Bueno, señorita Starbrook —dijo de pronto Malcom—. Para ser sincero, me tiene usted prácticamente en el bolsillo. No tengo inconveniente en concederle esa entrevista... a cambio de su tarjeta de visita... y de una respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué opina usted de Robert Redford?

—¿De Robert Redford?

—Sí, sí, de él.

—Bueno... Sin duda alguna, el señor Redford es... un hombre muy guapo, y un gran actor, sí... ¡Por supuesto, sí!

Malcom dirigió una glacial mirada de arriba abajo a Millicent Starbrook. Luego, miró a Pickford.

—Acompañe a la señorita a la puerta, por favor. La entrevista ha terminado.

—¿Cómo, que ha terminado? —exclamó Millicent—. ¡Ni siquiera ha comenzado!

—Para mí, ha terminado. Adiós, señorita Starbrook. Muchas gracias por su tarjeta de visita.

—¡Oiga usted...! Bueno, mire, señor Shanon, ya sé que ha sido una broma un poco tonta, pero...

—Por el contrario —se sorprendió el actor—, ¡ha sido una

broma encantadora, se lo aseguro! Su tarjeta me gusta tanto, que me la quedo. Encargaré que me hagan una enorme ampliación, digamos de tamaño natural, y la pondré en todos los hoteles donde me vaya alojando. *Ciao*, ¡preciosa!

—Pe... pero... ¡Tiene que devolverme mi fotografía!

—Santa Rita, Rita —dicen los puertorriqueños— lo que se da, no se quita. ¿Se va usted o prefiere tomar un baño conmigo?

—¡Pero qué dice usted...!

—Digo que voy a tomar un baño, señorita Starbrook. Por favor, señor Pickford, cierre la puerta al marcharse. Y no estoy para nadie..., salvo para la señorita Starbrook.

Millicent Starbrook abrió la boca, con un gesto de ira, pero ya no podía impresionar a Malcom, por la sencilla razón de que éste, en efecto, abandonó el salón, y se fue al cuarto de baño.

Apenas un minuto más tarde, Alan Pickford entró en el cuarto de baño, sonriendo. Malcom lo miró fijamente, pero el gerente del Clarissa movió la cabeza negativamente.

—No, no, no creo que sea otra cosa que lo que ella ha dicho, Malcom. ¡Se ha marchado furiosísima!

—Está bien —musitó el actor-espía. De todos modos, si vuelve a aparecer por aquí, o nos la vamos encontrando metiendo sus naricitas por todas partes, cuidado con ella.

CAPÍTULO III

Había transcurrido poco más de media hora, cuando Malcom entraba de nuevo en el cuarto de baño de la *suite*, ya arreglado y tras haber apagado las demás luces. Fue hacia el paño de pared donde se encontraba la bañera romana, con la dama opulenta, y presionó determinado azulejo, donde la dama tenía los ojos. De inmediato, con suavidad y rapidez, en absoluto silencio, quedó un hueco en la pared, una abertura.

Malcom echó un vistazo a aquel cilindro que estaba allí, a la espera; un cilindro metálico, con cabida máxima para dos personas. Un ascensor de gran velocidad, cuyo motor, enclavado en el sótano, no producía el menor ruido. De funcionamiento automático, en cuanto Malcom se metió en el cilindro-ascensor, se cerró la abertura en la pared, y el cilindro descendió. Al detenerse, se abrió la puerta de cristal, y Malcom pasó a una estancia, perfectamente insonorizada, donde había dos sillones, una mesa redonda, varios estantes con libros, bebidas, música, y, oculto por una cortina, un plato de ducha.

Con un cigarrillo entre los labios, Malcom se sentó en un sillón. Su espera se prolongó sólo cinco minutos. Apareció Alan, tras haberse descorrido parte de las estanterías, que volvieron a su posición normal cuando Pickford hubo entrado.

—Siéntate, Alan. ¿Qué has averiguado de una organización que parece dedicarse al robo de aviones?

Alan vaciló visiblemente.

—Apenas sé algo de eso, Malcom. Son noticias que acaban por divulgarse..., en ciertos medios, claro está.

Es difícil que pueda permanecer indefinidamente oculto el robo de varios aviones.

—Todos ellos son aviones interceptores: «cazas». Tengo la lista completa de los aparatos desaparecidos.

—¿Todos «cazas»? ¿No es un poco extraño?

—Pero no hay duda. Han desaparecido de diversas bases, todas ellas del Caribe y Atlántico. Son exactamente nueve los «cazas» desaparecidos. Por lo menos cuatro de ellos han sido robados en la propia base, lo cual, es obvio, requiere organización, fuerza, pericia... Los cinco restantes, se esfumaron en vuelos de prácticas. Se supone que esos cinco aparatos estaban tripulados por pilotos traidores.

—¿Qué clase de «cazas» son?

—Hay cinco de «todo tiempo», es decir

F-89

y

F-94,

dos de cada tipo; y uno de

F-86

D. Todos ellos van armados con cohetes de

70 mm

y poseen un gran radio de acción. Los otros cuatro son de diversos modelos, uno, incluso, tan antiguo como el

F-86,

que derrotó al

MIG-15

ruso, en cielos coreanos. También hay un modelo «Mc Donell

F-101

Voodoo». Esa variedad de modelos, de tipos, me hace sospechar que lo de menos para esa organización es el modelo o antigüedad del aparato. Roban lo que pueden, lo que esté a su alcance.

—Parece que está claro. Pero me pregunto cuál es el objeto de esos robos.

—Habrà que llegar a una respuesta para esa pregunta, y para otras. ¿Sabes que han sido asesinados en pocos días dos agentes de la CIA y un mayor de la USAF?

—Lo ignoraba.

—Todos ellos tenían citas. Voy a salir, Alan.

—¿Esta noche?

—Ahora mismo.

—Bien... Tienes, como siempre, todo preparado.

—¿Coche?

—Te dejaré el «Riley» negro detrás del campo de golf.

—Bien. Para dentro de diez minutos.

—De acuerdo.

Alan no perdió tiempo. Abandonó aquella estancia camuflada entre sótanos y pasillos del hotel, destinados a varios servicios, y Malcom empezó también a moverse.

Lo primero era cambiar sus ropas blancas, de *yachtman*, aunque había prescindido de la chaqueta, que estaba en la *suite*.

Se desnudó. Luego, también de un camuflaje de la estantería, abrió una especie de armario, donde había ropas, armas, y adminículos que sin duda formaban un interesante arsenal. Eligió un pantalón gris, polo negro de cuello redondo, y, bajo el «polo», en el costado izquierdo, situó una automática provista de silenciador.

En los bolsillos del pantalón introdujo un equipo de control electrónico, con tres aplicaciones distintas. Lo dejó todo en orden, e instantes más tarde abandonaba aquella estancia, pasando por entre gruesas tuberías de conducción de aguas. Había que inclinarse un poco, pero sólo eran unos quince pasos; finalmente, una trampilla le dejaba en el exterior, en la parte trasera del hotel, quieta, silenciosa, oscura en aquellos momentos.

Inadvertido, se deslizó bordeando el campo de golf; y detrás, entre cocoteros, estaba el sobrio «Riley» negro, en efecto.

* * *

Por lo visto, el 3060 de Village Road se encontraba muy cerca de la bifurcación de ésta con Wulfe y Bernard Road. Antes de llegar, Shanon condujo el «Riley» negro hacia un descampado. Ya sin luces, detuvo el coche cerca de unas plantas silvestres de hojas asombrosamente grandes, y se apeó.

Caminó por el descampado, en diagonal, acercándose a Village Road. La luz de la luna era suficiente para que Malcom pudiera localizar aquel *bungalow* correspondiente al 3060 de Village Road. Un *bungalow* algo apartado, con un jardín marchito. Estaba todo a oscuras. Ninguna señal de vida, por pequeña que fuese, era captada por la atenta mirada del actor de cine.

A una distancia de cien yardas escasas, Malcom esperaba, con la

más estricta prudencia, estudiando un plan de acción por si proseguía aquella ausencia de movimiento. Tras quince minutos de paciente espera, lo único que percibió fue el apagado sonido del motor de un coche, que se detuvo a no mucha distancia. Malcom se agazapó, y concentró toda su atención, para descubrir el lugar donde estaba detenido el coche, a un lado de aquel *bungalow*.

Una vez localizado el coche, empezó a acercarse, y poco después distinguía aquella silueta, aquella somera negra que se acercaba al *bungalow*.

La pregunta que Malcom se estaba formulando era lógica: aquella mujer, ¿era la misma que llamó a la CIA y concertó la cita con Oscar Donegan? Éste debía haberse presentado en aquel *bungalow* la misma noche en que murió destrozado a causa de una explosión.

Malcom observó que las maniobras de aquella mujer enfundada absolutamente en negro eran no poco extrañas, muy cautas. No parecía ir allí en plan amistoso, ciertamente, ya que, en su mano derecha, una automática provista de largo tubo silenciador lanzaba apagados destellos. La mujer, tras observar el *bungalow*, pareció decidida a entrar.

Tras unos instantes de fría reflexión, Malcom se desplazó con rapidez hacía el lugar donde aquella mujer había dejado su auto. Era un «Custom» oscuro, metido entre cocoteros. Tras examinar unos instantes el auto, extrajo del bolsillo de su pantalón los adminículos electrónicos de que disponía, y colocó un control magnético en la parte posterior del parachoques trasero. A continuación, adoptó una posición ideal para captar el regreso de aquella mujer al auto; la vería salir del *bungalow*, además.

En efecto, ello ocurría cinco minutos más tarde.

Con agilidad, con gran armonía de movimientos, aquella sombra regresaba hacia el coche, al cual llegó en pocos segundos, se sentó ante el volante, y lo puso en marcha. Rodó un poco por el descampado, sin luces; las encendió al ganar Village Road, quinientas yardas más abajo.

Malcom se movió entonces con rapidez.

En primer lugar, una visita al *bungalow*.

Una visita que apenas le entretuvo dos minutos, ya que allí no había nada que ver, que descubrir: vacío, solitario, silencioso...

Dejó de interesarle el *bungalow*. Mucho más interesante parecía llegar a alguna conclusión con respecto a la dama visitante.

Volvió al «Riley», y lo primero que hizo fue sacar el registro luminoso del control magnético colocando en el «Custom» de aquella mujer. Las agujas, con movimiento de brújula, señalaban claramente la dirección a seguir: al parecer, hacia las zonas residenciales de Blair y Hermitage; entre ellas, se encuentra Dicks Point, un magnífico y accidentado dedo de tierra, de rocas, con calas maravillosas, que apunta a las islas de Athol y Hog, al norte y noroeste de Nassau.

* * *

Aún no había terminado Malcom de cambiarse, en aquella estancia camuflada entre los sótanos del Clarissa, cuando hizo su entrada Alan Pickford, que le miró interrogante.

—Veamos, Alan: Oscar Donegan tenía una cita secreta. Sin embargo, le matan antes de acudir a ella. ¿Qué deduces?

—Que tal cita estaba descubierta. ¿No?

—Es lógico pensar así. Matan a Oscar. ¿Qué crees que ha podido ocurrir con la persona que le citó?

Alan no necesitó un alarde de reflexión para decir:

—Pueden haber ocurrido dos cosas. Una, que esté tan muerta como Oscar Donegan. Dos, que pudiera escapar... Pero tan precipitadamente, que ni siquiera pudo avisar a Oscar del peligro.

—Creo que la segunda posibilidad que apuntas es lo que ha ocurrido. La persona que citó a Oscar vive, pero... la buscan. Una mujer ejecutora la está buscando. Pero, como sea, vive, lo cual es del máximo interés para nosotros. Es de esperar que esa persona busque un nuevo contacto con la CIA.

—Si la dejan —gruñó Alan.

Malcom esbozó una breve sonrisa. Ya se había cambiado de ropas, y camuflado todo el equipo utilizado durante su nocturna excursión en solitario.

—Voy a procurar que así sea —dijo—. Vayamos a otra cosa importante. He seguido a la presunta ejecutora. Me condujo a una quinta muy singular, sin duda alguna. El edificio principal tiene los techos curvos, los tejados combados: es un claro ejemplo de arquitectura japonesa. No me he arriesgado en absoluto, pero he

descubierto jardines del más puro estilo oriental... Detalles todos ellos que me hacen suponer que esa quinta es propiedad de algún oriental.

—En Dicks Pains... —musitó Alan.

—Sí.

—Debes referirte, entonces, a Koyo Murasaki.

—¿Quién es?

—Un japonés millonario.

—¿Qué más?

—Tiene plantaciones de café y caña de azúcar. Es importante. Se sabe también que tiene criaderos artificiales de ostras, aunque no creo que tal actividad le proporcione mayores beneficios. Por lo demás, no parece que Murasaki sea un miembro activo de la sociedad de Nassau. Debe tener unos sesenta años. Ya sé: son pocos datos, y muy imprecisos. ¿Tendrás paciencia hasta mañana?

—Desde luego. Iré a descansar ahora.

—En cuanto a esa mujer, a la presunta ejecutora... —empezó Alan.

—No es japonesa. Pero fue a esa quinta, tras efectuar un recorrido de maniobra, de disimulo. Creo que es preferible empezar por Murasaki. ¿De acuerdo?

—Es decir, ir al grano.

—Excelente deducción, querido Alan —gruñó Malcom—. Buenas noches.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO IV

Aquella mañana, a pleno sol, con una camisa color rosa y el pantalón blanco, Malcom ofrecía una estampa llena de virilidad. Aquel gigante de bronce, en el embarcadero de una quinta, parecía muy absorto en la contemplación de la misma.

Una quinta en verdad singular. Desde aquella posición, podía verse solamente la parte más alta del edificio, aquellos techos curvados, de clásico estilo oriental. Luego, parte del frondoso jardín, incluso con cerezos en flor. Desde la quinta al embarcadero había un camino de losas, con césped en las juntas.

Tan absorto estaba Malcom en la contemplación de aquella maravillosa quinta, que no parecía reparar en la bella mujer que bajaba por el camino en dirección al embarcadero.

Una mujer de cabello negro, liso, que ondeaba ligeramente a causa de la brisa. Su piel estaba bronceada por el sol; su rostro, algo alargado, poseía unos ojos verdes enormes, y una boca algo gordezuela, que brillaba al sol. Vestía un bikini brevísimo en ambas piezas, y a cada movimiento se ponía de manifiesto la turgencia de sus senos perfectos; llevaba un cortísimo albornoz, abierto, y en la mano derecha una bolsita, unas gafas de sol, y un libro.

Malcom respingó cuando aquella hermosa mujer llegó a su lado.

—Es propiedad privada, señor —dijo ella, con una sonrisa.

—¿Eh? ¿De dónde sale usted? —Se asustó Malcom—. Sí, sí, claro, propiedad privada... Soy muy torpe... Siento haber molestado, pero pasaba por aquí, y no pude sustraerme al encanto de esta vista...

—No molesta, señor Shanon —dijo la morena—. No es la primera vez que algún curioso contempla tan absorto esta quinta.

—¿Usted vive ahí? —inquirió Malcom—. Un momento... ¿Me

conoce?

—Yo estaba ayer en el muelle —rió la morena—. Pero, además, ¿quién no conoce en todo el mundo al famosísimo astro cinematográfico Malcom Shanon?

—Claro —sonrió encantadoramente Malcom—. Es usted muy amable. Vea, ahí está mi «yola» —señaló hacia el mar—. Hemos cambiado la vela partida, y efectuábamos pruebas cuando al pasar por aquí vi esto, y no he podido resistir la tentación de contemplarlo más de cerca.

—Parecía muy contrariado ayer, señor Shanon —dijo la morena.

—Desde luego. Yo debí ganar la competición.

—Sin embargo, los auténticos deportistas dicen que lo importante es participar, no vencer.

—Pues están equivocados. Lo importante es vencer.

En el deporte y en todo. Quiero comprar esta quinta, señorita...

—Danielle —susurró Malcom, realizando un recorrido visual por el soberbio cuerpo de Danielle.

—¿Por qué le parece magnífico que yo sea francesa? —inquirió ella con divertida sorpresa.

—Porque la mujer francesa es la más elegante para el amor; la que tiene más encanto.

—Ya veo que tiene gran experiencia. De todos modos, creo que yo le decepcionaría. Buenos días.

—Un momento, preciosa Danielle... No me ha dicho si vive en la quinta.

—Por supuesto que no; es decir, no de un modo fijo. En estos momentos, estoy ocupada en ella. Soy la profesora de idiomas de la señorita Murasaki.

—Muy interesante.

—¿Los idiomas? ¿Sabe usted idiomas?

—Apenas el mío. Reconozco que soy un poco torpe. Admiro a las personas con capacidad cerebral, de veras. Y si además de inteligencia poseen belleza, es el auténtico ideal...

—Una opinión muy amable, señor Shanon. Deberá dispensarme: me gusta aprovechar mis horas libres.

—¿Cómo las aprovecha?

—Pues..., leo un poco, tomo un baño, tomo el sol también... Medito. Dentro de una hora he de estar con la señorita Murasaki.

—Lamentable —suspiró Malcom.

—¿Que lea, me bañe, y tome el sol? —inquirió, sonriendo, Danielle.

—Oh, no... Me refería a sus obligaciones. Imagino que esa señorita Murasaki será una oriental bizca, con Tos dientes salidos, las piernas torcidas, y con horribles trenzas en su pelo negro estropajoso. Para quien ama la belleza, eso es insoportable. Además, debe tener cerebro de pulga, como yo.

Danielle reía suavemente.

—¡No es del todo exacto! —exclamó—. Pero sea como fuere, yo he de ganarme la vida, señor Shanon. No todos tenemos la fortuna de ser famosísimos y archimillonarios como usted. ¿O no es archimillonario?

—Siempre esos chismorreos —suspiró Malcom—. Diga, Danielle, ¿cree que podría adquirir esa quinta?

—Lo ignoro. Francamente, lo ignoro. Sin embargo, el señor Murasaki parece haber puesto mucho cariño en todo esto.

—Quiero intentarlo. Ya le he dicho que estoy acostumbrado al éxito, al triunfo.

—Esto no es un deporte.

—Yo quiero triunfar en todo. ¿Por qué no he de aprovechar mi suerte? Así que, siguiendo con mi racha, quiero esta quinta.

—Me temo que yo no voy a poder vendérsela.

—Sin embargo, podría hacer algo por mí. Puedo esperar su hora de libertad; su baño, su lectura... La espero. Usted no puede negarse a presentarme a ese señor Murasaki. Estoy dispuesto a hacer una oferta de varios millones de dólares, si es necesario. ¿Me permite invitarla a mi «yola», Danielle?

—Se lo agradezco, pero mis... expansiones requieren intimidad, no jolgorio.

—No se preocupe por eso; asunto solucionado. Diré a mis tripulantes que nos esperen aquí, en las rocas, y nosotros...

—Intimidad total —dijo Danielle, recalcando las palabras.

—Ya... Debo decirle que yo soy un caballero, cuando es necesario.

—Pero tiene ojos.

—Eso es inevitable, ¿no cree? Insisto, Danielle.

—Señor Shanon, esto tampoco es un deporte, aunque a usted se

lo parezca. Me temo una cosa: que hoy no sea su día. Difícilmente va a conseguir algo de mí, y no creo que con el señor Murasaki, con esa pretensión de comprar la quinta, tenga más suerte. Pero estoy dispuesta a presentarle al señor Murasaki, ¿por qué no? Hasta luego..., y, por favor, no asome por detrás de esas rocas.

Malcom parecía consternado.

—Dios mío —clamó—. ¡Sería algo en verdad horrible que declinara mi estrella de la buena suerte!

Danielle, sonriendo, empezó a alejarse, y Malcom se volvió, contemplándola, con una sonrisa que hubiese sorprendido no poco a Danielle, aquella escultura bronceada, llena de armonía, de femineidad, de belleza en sus movimientos. Cuando se perdió detrás de las rocas, Malcom dejó el embarcadero, y bajó los peldaños de madera, hacia la «yola» blanca, nueva la vela escandalosa. Saltó a cubierta, y se metió enseguida en el camarote, donde estaba Eddy. Éste preparó un *whisky* a Malcom, quien había encendido un cigarrillo. Posó luego su mirada en los ojos de Eddy.

—¿Noticias de Alan?

—Nada importante. Dice que apenas ha podido ampliar el informe sobre Murasaki que te dio anoche. Tan sólo ha podido averiguar que Murasaki es un japonés nacionalizado estadounidense. Un *nisei*. No vive ni en Estados Unidos ni en Japón.

—¿Eso es todo?

—Sí. Dice que profundizará, no obstante.

—Está bien.

—¿Y esa mujer? —inquirió Eddy.

—Es sólo un eslabón de la cadena. Por lo pronto, voy a esperar aquí durante una hora. Ha rechazado mi compañía... ¿Qué opinas?

Eddy sonrió, irónico.

—No dependía de ella, sino de ti, ¿no es así?

—Prefiero no responder —gruñó Malcom—. No puedo desprenderme casi nunca de la impresión de que soy un monstruo... Durante esa hora quiero dormirar, pensar, fumar, y tomar un trago.

—¿Música?

—No. Silencio.

* * *

Danielle se había recogido el cabello con una cinta, y ofrecía un

aspecto más juvenil en aquellos momentos. Parecía sorprendida al ver a Malcom en el embarcadero, aguardándola.

—Veo que no ha desistido, señor Shanon.

—Por el contrario, se ha acrecentado mi deseo. Lo cual, seguramente, es propio de un carácter inmaduro y caprichoso.

—No debe maltratarse así... Personalmente, nada tengo contra usted.

—Pero tampoco a favor.

Ella le dirigió una sonrisa.

—Es mejor que vaya admirando este paseo, señor Shanon —dijo—. ¿Ha estado en Japón?

—Sólo en Tokio.

—Entonces, conoce poco de la maravillosa y exuberante vegetación de aquellas islas. Vea esas flores, esas plantas: parecen seda de vivos colores. El señor Murasaki ha conseguido incluso que haya pájaros en su jardín, e insectos multicolores, parecidos a los japoneses. Todo consigue este encanto que usted ha sabido captar. Eso, al menos, indica un grado de sensibilidad por su parte hacia la belleza.

—Es un grado muy elevado hacia la belleza en general, Danielle.

Ella le miró.

—Supongo que usted sólo trata de adquirir la quinta —dijo, en murmullos.

—Eso, por el momento. ¿O cree que es tarde para que yo aprenda idiomas?

—Para aprender idiomas, no es tarde.

—Excelente... Crisantemos, ¿verdad? —inquirió Malcom, señalando un bello plantel de flores.

—En efecto. Y aquellos arbolitos son ciruelos. No existe flor más blanca y pura —dijo Danielle.

—Parece usted una entusiasta de todo lo relativo a Japón.

—Me entusiasman muchas cosas.

Habían llegado ya a la parte frontal de la quinta. Malcom se sintió aún más asombrado, al reconocer detalles genuinos del Japón. El, por cierto, no sólo conocía Tokio, y había visto incluso palacios de los llamados *Yashikis*, de los antiguos *daimios*, verdaderas obras maestras, con una carpintería excepcional; simple madera sin pintura ni aditamento alguno, con el interior pintado de

blanco, signo de la pureza y dignidad. Ciertamente que en aquella quinta había carpintería, pero las alas curvas del edificio, así como pilares y ventanas eran de gran solidez, construido todo con la mejor piedra, de modo que la carpintería era mera decoración.

Por unos instantes, Malcom se sintió transportado a uno de aquellos *Yashikis*, lanzando el ceremonioso «*Gomen nasai*», equivalente al: «¡Ah, de la casa!», y dejando en el poyo de piedra destinado al efecto la *getha*, el calzado de suela de madera, de cinco centímetros de espesor...

—Sencillamente, exquisito —murmuró.

—Tiene que ver más cosas aún, señor Shanon.

—Eso espero. Lamentaría vivamente causar una desagradable impresión al señor Murasaki. Me siento asombrado, confundido...

Había, a un lado, una pérgola construida con bambú, y unos deliciosos bancos de madera. En uno de los bancos, había una mujer joven, bonita, que se veía de espaldas en aquellos momentos. Ella debió oírles, puesto que se volvió, y Malcom vio un rostro oriental de maravillosa belleza, con oblicuos ojos negros de ardiente mirada; una estilizada silueta, cuyas piernas, esbeltísimas, quedaban al descubierto más abajo de la minifalda color cereza.

—¿Quién es? —inquirió Malcom.

—Noriko.

—¿Noriko?

—Noriko Murasaki, naturalmente —sonrió Danielle, dirigiendo una expectante mirada a Malcom.

—Qué hermosa es... —susurró el actor.

Instantes más tarde, llegaban a la pérgola. Noriko les había visto, y se adelantó a recibirles. Estuvo escuchando cortésmente la presentación que hizo Danielle. En sus ardientes ojos había una chispa prendida.

—Es un placer, señor Shanon. Un inesperado placer.

—A sus pies, Noriko.

Danielle se apresuró a decir:

—Iré a cambiarme, *miss* Murasaki. No tardaré más de diez minutos. Yo misma anunciaré al señor Murasaki la visita de mister Shanon.

—Gracias, Danielle.

Danielle se fue. Malcom quedó ante Noriko, observándola

atentamente. De pronto, dijo:

—Creo que debería marcharme... Pienso que estoy cometiendo un acto terrible. Ha sido un estúpido capricho por mi parte; no me perdonaría arrancarles de este marco.

—No comprendo.

—El motivo de mi visita es imperdonable: he tratado de comerciar con algo tan honorable y delicado como es su casa.

—¿Comerciar con...?

—Había proyectado comprar esta quinta.

Noriko abrió mucho los ojos.

—¡Pero eso no es posible, señor Shanon...! Mi padre no accedería jamás. Siéntese conmigo, por favor. Y no tema —rió—. No pienso invitarle a *salce* o a cualquier otro producto de fabricación japonesa. Tenemos un magnífico *whisky*, o coñac francés, si lo prefiere. En realidad, el decorado resulta un poco engañoso. Desconozco a fondo los gustos de mi padre, pero le aseguro que personalmente prefiero lo que tenemos aquí de occidental. Voy a confesarle más: no entiendo apenas el japonés. Mi padre me está obligando a aprender francés, alemán y ruso. ¿No es demasiado?

Por supuesto, Noriko no tenía los dientes salidos, ni los ojos bizcos, ni las piernas torcidas. Tenía, en cambio, un maravilloso cutis, unos exóticos y enormes ojos, unas piernas sensacionales, un cuerpo delicado y bellísimo.

—La admiro, Noriko —dijo Malcom—. Yo me siento incapaz de aprender una sílaba de cualquier cosa...

—En confianza: mi padre pierde el tiempo y el dinero —sonrió ella.

—Entonces, digamos que tiene usted otras preferencias —sugirió Malcom.

—Por supuesto. Me gusta la vida, simplemente. ¿Le parece que no está bien?

—Me parece una actitud muy inteligente.

—Ahí viene mi padre... Siento profundamente que nuestra conversación haya sido tan corta.

Miraba a Malcom a los ojos; él esbozó una sonrisa, y murmuró:

—Todo placer es corto siempre.

—Es algo que podemos solucionar por nosotros mismos, ¿no le

parece? —inquirió ella, con fuego en la mirada.

—¿Prolongar el placer? —susurró Malcom.

—Hasta el infinito...

Malcom notó la vibración del cuerpo de la joven japonesa. Luego, Noriko se puso en pie, para recibir a su padre. Malcom la imitó. Ella, con voz apenas audible, dijo:

—Mi padre, ahora, me obligará a ir con Danielle.

Pero le buscaré a usted en cuanto me sea posible, Malcom.

En efecto, ya estaba allí Koyo Murasaki. Era un japonés bajito, delgadísimo, con el cabello gris, muy liso. Ojos pequeños, muy negros, centelleantes. Vestía a la europea, un traje claro.

—¿Míster Shanon?

—Es un honor, señor Murasaki. Espero que Danielle no haya sido demasiado severa conmigo al explicarle el motivo de mi visita.

—Danielle sólo me ha dicho que usted es un gran admirador de mi quinta. Noriko, por favor, ve a tu clase. Danielle te está aguardando.

Noriko no despegó los labios; se limitó a dirigir una mirada a Malcom. Luego, echó a andar, con cadencia, con gracia juvenil. No se volvió, pero Malcom creía notar aún el ardor de su mirada.

En cuanto al japonés, agregó:

—Danielle también me ha dicho que está usted interesado por la quinta. No está en venta, lo siento.

Malcom asintió con movimientos de cabeza.

—Lo comprendo perfectamente, señor Murasaki. Confieso que me siento en estos momentos como un intruso indeseable. He debido ver mejor todo esto, y conocerles a ustedes antes de formular mi absurdo y egoísta deseo.

—Por favor, no diga eso. Por supuesto, no existe el menor inconveniente en que usted visite la totalidad de la quinta. Es un contraste entre lo oriental y occidental que yo he creado de un modo muy personal, y no sé si del todo acertado.

—Hasta ahora, todo me parece maravilloso.

—Le ruego que me acompañe. Con gran placer le mostraré el resto de la quinta, y el interior de la casa...

* * *

En aquella estancia abarrotada de lacas, bronce, armas

japonesas, e incluso caretas y *netsukés*, Murasaki estaba sentado en un cómodo sillón muy occidental, en actitud de espera, con una extraña luz en sus negros ojos. Por fin, se abrió la puerta, y apareció Danielle.

—Se ha ido ya con su «yola» —dijo.

—¿Quién le ha traído aquí? —inquirió, con tono seco, Murasaki. Danielle pareció un poco desconcertada.

—No creo que haya más de lo que ha dicho. Vio la quinta, se encaprichó... Sabemos muy bien quién es Malcom Shanon, señor Murasaki. Un actor famoso que emplea su tiempo libre, entre película y película, en juergas y escándalos. Puedo mostrarle un centenar de revistas que hablan de él.

—La CIA, no lo dudemos, enviará a alguien más para averiguar qué está sucediendo... Por ejemplo, su agente Octopus.

—No lo dudo ni un instante. Pero de lo que sí estoy completamente segura es de que ese Shanon nada tiene que ver con ello.

—Shijo no aparece, Danielle.

—No ceso de buscarle.

—Encuétrale. Es imprescindible su ejecución. Ha podido incluso salir de Nassau... Si establece una nueva comunicación con la CIA y no la cortamos a tiempo, nuestro esfuerzo habrá sido inútil. Encuentra a Shijo.

—Sí, señor Murasaki.

—Siguen vigiladas las salidas, supongo.

—Así es.

—Está bien. Puedes retirarte.

CAPÍTULO V

En aquel sótano insonorizado, Malcom estaba escuchando las explicaciones de Eddy, quien decía:

—Estoy seguro, Malcom, son espejos.

Shanon parecía un poco desconcertado: su mentalidad rápida, flexible, brillante, no parecía encontrar una explicación clara al respecto.

—No sé si hablamos de la misma cosa, Eddy. Cuando abandoné la quinta, te dije que vigilaras, que emplearas binoculares, al objeto de no verte obligado a acercarte demasiado. Y te pedí que prestaras atención especial a ciertos objetos que creí descubrir en las curvas de los aleros de la quinta.

—Existen esos objetos. Pude ganar la altura suficiente para verlos. Insisto: en torno a los aleros, hay multitud de espejos. En realidad, forman unas bolas giratorias. En todo momento, esas bolas giratorias compuestas por espejos están encaradas al sol; de ahí que, según la posición que se ocupe, pueden verse los reflejos, los destellos... Y eso es todo lo que hay allí: unas diez bolas compuestas por espejos. Bolas que en todo momento reciben la luz del sol. Lo siento, Malcom, eso es todo.

Malcom reflexionó unos instantes.

—Bien, Eddy... Así debe ser —gruñó.

—Puedo seguir la vigilancia.

—Nada de eso. Regresa a la «yola». Yo estudiaré la situación: bolas compuestas por espejos no es, creo yo, un decorado japonés.

Sonaba un interfono en aquellos instantes, incorporado al brazo del sillón que ocupaba Malcom. Éste apretó un disimulado botón.

—¿Sí, Alan?

—Tienes visita, Malcom, están llamando a la puerta de tu *suite*

—sonó la voz de Alan Pickford.

—¿Quién es?

—Una muchacha japonesa.

—Sorprendente —gruñó Malcom—. Está bien, Alan. Gracias.

Cortó la comunicación y se puso en pie.

—¿No vas a ir a la cena que ofrece el comité organizador de la competición a vela? —inquirió Eddy.

—No siento el menor interés.

Sin más, Malcom se dirigió hacia el cilindro-ascensor, y sólo un minuto más tarde estaba en la *suite*. En mangas de camisa, con un cigarrillo colgando entre los labios, algo desgredado... Fue a abrir la puerta, donde las llamadas insistían.

—Noriko... —murmuró, «sorprendidísimo».

Ella, en el umbral de la puerta, le miraba a los ojos. Noriko olía suavemente a jazmín. Joven, hermosa, con aquel minivestido amarillo, con apenas unos tirantes y un poquito de tela... A Noriko se le dilataron las fosas nasales.

—Pasa —susurró Malcom.

Ella, en silencio, entró en la *suite*.

Y dos segundos más tarde, estaba abrazada a Malcom; estrechamente abrazada, paseando sus labios cálidos, trémulos, ansiosos, por el rostro del hermoso actor americano, en busca de los labios del hombre, que en absoluto se mostraron esquivos. La manera de besar de Noriko era, en verdad, capaz de producir chispas eléctricas.

—Malcom —musitó roncamente—, ¿qué hacías? He estado llamando mucho rato...

—Creo que me dormí un poco. Pero ha sido hermoso, Noriko: soñaba que te tenía en mis brazos... Y, al despertar, estás aquí...

—Malcom, mientes —gimió Noriko, estrechándose de nuevo contra el atlético gigante rubio—. Mientes, mientes...

—No, mi amor. Es la pura verdad. Ven...

Se deshizo el abrazo. Malcom la tomó de una mano, y ella le siguió. La propia Noriko apagó la luz de la *suite*. Por las persianas graduables penetraban ramalazos intermitentes de luces de colores.

A los pocos segundos, aquellas luces de colores, aquellos relámpagos rojos, azules, verde, ámbar, convertían el cuerpo de Noriko en un caleidoscopio; un cuerpo bello y dulcemente formado,

palpitante, vibrante de juventud. La muchacha miraba a Malcom a los ojos, se acercaba a él lentamente...

Malcom la tomó por la cintura, y se inclinó para besar la delicada garganta. Luego, deslizó sus labios por el cuello de la japonesita, hacia una oreja, hacia la mejilla, la boca... Noriko emitió un largo y profundo suspiro antes de que aquella fresca boca trémula fuese sellada por los labios del actor-espía americano.

* * *

—Malcom...

—Dime, pequeña flor —la miró él sonriente, acomodándose mejor en el sofá.

—¿De verdad me amas... como me has amado?

Los cuerpos de ambos eran ahora caleidoscopios. Se veían ahora perfectamente el uno al otro, salpicados de luces de colores.

—No te comprendo —se desconcertó Malcom—. Yo diría que, sin duda, todas las cosas son como han sido. Quiero decir que lo que ha ocurrido de una manera es porque así era en ese momento.

—Me parece —rió dulcemente Noriko, acariciando con un dedito los velludos pectorales de Octopus— que estás pensando que no sé expresarme bien en inglés.

—Quizá sea eso —sonrió él—. ¿Qué has querido decir exactamente?

—La pregunta puede hacerse de otro modo, desde luego, ¿me amas realmente?

La respuesta no era ningún problema para un espía de la categoría de Octopus, pero, además, éste pudo ahorrársela, porque en aquel instante, el timbrado del teléfono pareció un atronador sonido en el silencio de la *suite*. Malcom miró hacia donde estaba el aparato, pero Noriko le asió las manos, impidiéndole ponerse en pie.

—No contestes, por favor...

—Es mejor hacerlo, mi pequeña flor. Sea quien sea, lo enviaré al infierno, y dejará de molestar. Es lo más práctico, tengo experiencia en estas cosas.

—Supongo que tienes razón —suspiró ella—. Está bien, contesta y vuelve conmigo enseguida... ¡Te amo tanto, Malcom!

Él se inclinó, depositó un besito en los gordezuelos labios, y

luego fue hacia el teléfono, que seguía sonando...

—Shanon —gruñó, tras descolgar el auricular.

—Señor Shanon, es urgente que hable con usted. Es preferible que no me interrumpa. Le daré unos datos: rae llamo Shijo Kinugasa; mi padre fue quien trabó el contacto con la CIA, y...

—Un momento. Ignoro de qué me habla —dijo, tenso, Malcom.

—Le diré cómo le he descubierto, señor Shanon. Le diré también que no debe temer de mí. Ante las circunstancias, ante el evidéntísimo riesgo que corre, ayer me encontraba en el muelle, mezclado con toda clase de gente, cuando usted llegó. Le conocí entonces, pero mi sorpresa fue enorme cuando por la noche fui al *bungalow* de Village Road, siempre con la esperanza de que un nuevo agente de la CIA acudiera a la cita... Y llegó usted; le vi. Pero como también Danielle estaba allí, opté por no mostrarme. Le he descubierto de un modo casual, señor Shanon, e, insisto, no tema de mí.

—¿De qué quiere hablarme?

—Le hablaré de la organización Hoshi Umi. Mi padre y yo la abandonamos, y no nos perdonan, es obvio. Le hablaré de esa organización y de muchas otras cosas. ¿Conoce el asunto de la venta?

—No. ¿A qué venta se refiere?

—También le hablaré de eso. Un tal Domagkwu se encuentra en el Prince George Hotel, para este asunto. Es un criminal, que siempre lleva con él a dos asesinos, para protegerse; dos bestias inmundas que... Pero es preferible que no sigamos hablando por teléfono.

—¿Dónde? —inquirió, conciso, Malcom.

—Siempre donde haya mucha gente. Le esperaba a usted en el Olympia, en cuyos salones se celebra la fiesta, pero veo que no llega, y decidí llamarle por esa razón. Temo que en cualquier momento den conmigo.

—Comprendo.

—¿Le espero, señor Shanon? Yo me identificaré.

—Sí, de acuerdo.

—No tema por su identidad. Imagino, dado lo sorprendente que resulta su afiliación a la CIA, que estaré frente a Octopus. Sé que ellos temen que Octopus sea enviado a Nassau.

—Ya es suficiente —cortó Shanon.

—Bien. Le espero.

Lentamente, Malcom colgó el aparato.

Miró consternado a Noriko, que le contemplaba con adoración.

—Noriko...

—¿Qué pasa, amor mío? —sonrió dulcemente la muchacha.

—No sé... Era una mujer...

—No me importa que en tu vida haya habido otras mujeres, Malcom. Ya sé que...

—Bueno..., esta vez, no es en mi vida, sino en la tuya, Noriko. Ésa..., esa mujer, no ha querido decir quién es, sólo me ha amenazado. Me ha indicado bien claramente que si permaneces tan sólo un minuto más en esta *suite*, llamará a tu padre, y... y a la policía... Tengo miedo de lo que pueda ocurrir.

Noriko estaba petrificada.

—¿Cómo es posible? —musitó, mostrando un destello de ira en sus ojos—. ¿No ha dicho quién era?

—Ya te he dicho que se ha negado. No dudo de que es capaz de cumplir su amenaza.

—No lo comprendo... Malcom, tú conoces a Danielle. ¿No has reconocido su voz?

—¿Danielle? Pues..., no sé, no estoy seguro de nada. Estaba tan aturdido... Por favor, Noriko, debes irte. Es inútil este escándalo... No nos han dado más de un minuto... Te lo ruego. Nos encontraremos en otro lugar y en otro momento. ¡Nadie impedirá que te ame!

—Ni a mí, Malcom...

Ella le volvió a besar. Malcom precipitó el beso, y la ayudó a vestirse rápidamente. Besándose por el camino, Malcom la condujo a la puerta de la *suite*. Luego, fingiendo gran cautela, muchos temores, la dejó en el solitario pasillo de la planta.

Luego, el ceño fruncido, áspero, de Malcom, era auténtico.

Shijo Kinugasa representaba, de todos modos, un grave inconveniente, pues el japonés había descubierto la identidad de Octopus, quizá por imprevisión de éste mismo. Como fuese, Kinugasa era el eslabón más importante en aquel *affaire*.

Esperó aún unos minutos para asegurarse de que Noriko ya debía haberse alejado lo suficiente.

Entonces, con gran rapidez, se puso su esmoquin blanco, compuso su expresión más estúpida y la más vacía de sus sonrisas, y se dispuso a acudir a la cena deportiva del Olympia.

* * *

Tan pronto colgó el teléfono, Shijo Kinugasa abandonó la cabina del vestíbulo del animadísimo y brillante hotel Olympia, donde tenía lugar la cena de gala, en los salones especiales, donde se concentrarían casi quinientos comensales, entre amigos, participantes y organizadores.

Shijo, muy preocupado, no alzó la mirada hasta que dio un par de pasos hacia la puerta del hotel. Entonces, quedó petrificado, con un raro color en su rostro al ver a aquellos dos hombres que, como al descuido, obstaculizaban la salida.

El joven japonés conocía bien a aquellos dos hombres. Meyerhof y Minot; dos verdugos. Por lo visto, Danielle se había puesto nerviosa al no encontrarle, y había recurrido a otros miembros de la organización.

Shijo Kinugasa, de pronto, dio media vuelta, y echó a andar en dirección a los ascensores del hotel. Meyerhof y Minot no se atreverían a hacer nada allí dentro, ante tantos testigos.

El japonés no podía evitarlo: su rostro se humedecía con un sudor frío, a causa del terror que le producía saber que aquellos dos verdugos estaban a su espalda. Precipitadamente, tomó uno de los ascensores, y pudo ver de nuevo a aquellos dos hombres, que apenas se habían movido. Pulsó el botón de la tercera planta. Quizá pudiera ganar la azotea, o alguna escalera de servicio...

Tan pronto llegó a la tercera planta, abrió la puerta del ascensor. Su mirada quedó fija en aquella bellísima mujer, de cabello negro, liso, brillante; aquella elegantísima criatura, que vestía un traje de noche, de un precioso tono marfil, largo hasta los pies, con una abertura en el lado izquierdo de la falda, los hombros al descubierto, tremendo escote...

La elegante y bella criatura sonreía.

—Danielle..., Danielle, espera... —susurró Shijo.

—¿Aún más, Shijo? Hace días que te busco... Sal de ahí.

Shijo abandonó el ascensor. Danielle, aunque no necesitaba retoque alguno, tenía un lápiz de labios, muy artístico, entre sus

finos dedos.

No perdió el tiempo; el lápiz de labios emitió una vivísima y fugaz luz; pudo parecer, por una décima de segundo, una simple linterna. No era así, sin embargo: el fino rayo de luz coherente del diminuto láser taladró la frente de Shijo, quien, fulminado, cayó a los pies de Danielle.

La hermosa dama, con toda tranquilidad, se metió en el ascensor, e instantes más tarde estaba en la planta baja, desde la cual pasó al jardín. Una vez allí, extrajo un paquete de cigarrillos de su bolso, y alguien se apresuró a darle fuego. Tras encender el cigarrillo, miró al hombre.

—Gracias, Meyerhof.

—Está listo, ¿no?

—Terminó ese desagradable asunto.

—Sin embargo, hay algo más. No tuvimos tiempo de advertírtelo: Shijo realizó una llamada telefónica...

—¿Y qué? —inquirió Danielle.

—Quizá habló con alguien de la CIA. Recuerda el temor que tenemos respecto a la intervención en este asunto del agente americano Octopus.

—Es posible, Meyerhof, pero si Octopus o alguien más de la CIA ha llegado, se quedó sin contacto. Es preferible así. Debemos comprender todos que no es posible ir asesinando a todos los agentes de la CIA que se presenten en Nassau. Sólo me tomaría interés por el propio Octopus —y sonrió, agregando—: Me gustan los grandes enemigos, Meyerhof. Ahora, por favor, salid del hotel. Yo tengo mi *ticket* para la cena... Dadle la buena noticia a Murasaki: Shijo ya no existe.

—Está bien.

Meyerhof se perdió de vista, y Danielle terminó el cigarrillo en el jardín. Luego, se dirigió hacia los salones, donde ya se había iniciado la gran fiesta. Justo entonces, alguien llegó al hotel. Alguien importante, a juzgar por el revuelo que se había armado. Danielle tardó sólo diez segundos en descubrir de quién se trataba.

Esbozó una irónica sonrisilla. Por lo visto, el señor Shanon gustaba de llegar tarde a los sitios. Y se rodeaba de idiotas, de mujeres que eran fáciles también, porque no tenían otra cosa que hacer que adorar a aquel gigante de bronce, pura fachada tan sólo:

podía ser catalogado como un muñeco elegante.

Por su parte, Shanon, que sonreía a un montón de admiradoras que le rodeaban, parecía no haberla visto, y Danielle decidió aprovechar la situación para retirarse a un rincón y estudiar con más detenimiento a un hombre que, siendo tan apuesto, de aspecto tan fuerte e inteligente, parecía siempre poco más que un retrasado mental con suerte...

—Por favor —pedía Malcom, alzando las manos—. ¡Por favor, ya no tengo nada más que decir!

No era cierto, por supuesto. Podía haber hablado de las muchas películas que tenía en proyecto; películas que le permitirían viajar siempre sin despertar sospechas de un lado a otro del mundo..., donde, fatalmente, se hacía necesaria la intervención del invencible Octopus. Podía haber hablado de sí mismo en su faceta de espía-contraespía durante horas; durante días, incluso.

Pero, el «astro» Shanon había visto algo que había despertado su curiosidad y su sorpresa. Era increíble, realmente: ¡una periodista que no le acosaba, que permanecía alejada del grupo, mirándole con gesto huraño...! Malcom tomó dos copas de champaña de pasada, y segundos después se detenía delante de Millicent Starbrook, cuyo gesto adusto no podía ser disimulado.

—¿Qué tal, señorita Starbrook? —saludó alegremente el actor más admirado del mundo..., después de Robert Redford. ¿O Redford iba tras él en cuanto a popularidad...?— ¿Algo no va bien en su vida profesional?

—Váyase al cuerno —replicó Millicent.

Malcom se quedó pasmado. Luego se echó a reír.

—Vamos, vamos, éste no es modo de expresarse una joven tan encantadora y culta como usted. Dígame, ¿no tendría por aquí alguna tarjeta de visita suya, de esas tan... sugestivas?

—Ya tiene usted una. ¿Va a devolvérmela o no?

—Todavía no estoy decidido. Quizá si me diera otra, le devolvería la anterior.

—Todas las tarjetas de visita que yo le diese reflejarían lo mismo, ¿no es así? De modo que no entiendo para qué quiere más de una.

—Hombre, claro —dijo amablemente Malcom—, si ha de ser igual, no me interesa. Yo pensaba que usted dispondría... de un

juego completo, variado... ¿Comprende?

—Es usted un cochino, señor Shanon.

—Oiga, oiga, un momento, carita de fresa: no fui yo quien comenzó este juego de las tarjetas de visita, sino usted. Claro está que, como soy persona que sabe corresponder siempre adecuadamente, cualquier día de éstos me haré imprimir «tarjetas de visita» como la suya, y entonces tendré mucho gusto en enviarle unas cuantas. Y podrá comprobar que soy hombre de imaginación.

—Usted lo que es, es un... un sinvergüenza.

—¡Y dale! Si no quiere mi tarjeta, dígalo, pero por favor, no sea insultante. Dígame dónde puedo encontrarla, y le enviaré un juego con mucho gusto.

—No se moleste. No tengo ningún interés.

—¿De veras? —Volvió a pasmarse el astro cinematográfico—. Pues hijita, ¡es usted única! Le advierto que mi juego de tarjetas sería interesantísimo... ¿No? Bien, vamos a dejar ese asunto. ¿Vive usted en Miami, quizá?

—Aunque no le importa, le diré que sí.

—Eso de que no me importa podría ser objeto de larga discusión —sonrió encantadoramente Shanon—. ¿Dónde, de Miami?

—No quiero decírselo.

—¡Vaya genio...! Y además, no me parece usted precisamente una gran profesional.

—¿Qué quiere decir? —Enrojeció Millicent.

—¡Ah, veo que he tocado su punto débil...! Bueno, lo que quiero decir es que si yo fuese el director de su revista, seguramente la despediría, después de ver lo que ha hecho: mientras sus colegas me acosaban a preguntas y a pellizcos, y me pedían besos, usted permanecía aquí, como indiferente a mi presencia. Santo cielo —frunció el ceño de pronto—, ¡no me diga ahora que es usted una *fan* de ese bobo de Robert Redford!

—El señor Redford, cuando menos, es un caballero. Y no me parece que tenga nada de bobo.

—¿Eso quiere decir que lo conoce?

—Naturalmente. He obtenido algunas entrevistas con él, y siempre he quedado muy contenta y agradecida.

—Vaya... Oiga, usted está dispuesta a jorobarme por todo lo alto, ¿no es así? Pero yo también puedo decirle algo que la va a

regresar al mundo de la realidad: el bobo de Bob está casado, ¿lo sabía?

—Con Lola, claro que lo sé. ¿Y qué?

—Pues... ¡Demonios, que con él no tiene usted nada que hacer, y, en cambio, conmigo...! —Guiñó un ojo—. Bueno, conmigo quizá tuviese usted suerte, carita de fresa.

—¿A qué llamaría «tener suerte con usted»?

—Digamos que la noche es joven... Yo pienso que este lugar es de lo más aburrido, además. Así que podríamos ir a dar un paseo, tomar unas copas, bailar... ¿Está enterada de que bailo divinamente? Oh, supongo que sí, naturalmente. Bien, ¿qué le parece mi programa para esta noche? Claro, se entiende que para finalizar de modo correcto la jornada, tendría mucho gusto en invitarla a tomar la penúltima copa de champaña en mi *suite*. ¿Qué le parece?

—Seguramente, su propuesta enloquecería a cualquiera de mis colegas, señor Shanon —dijo fríamente Millicent—. Pero en cuanto a mí, no quisiera caer en las iras de algún japonés.

—¿Qué quiere decir? —Quedó serio de pronto Malcom.

—Pienso que quizá la familia de cierta muchacha japonesa se tomaría muy a mal que usted fuese tan... inconstante, que se burlase de esa muchacha. Y no ponga de nuevo cara de tonto, porque me está entendiendo perfectamente.

—¿Debo entender que usted espía mis visitas, señorita Starbrook?

—No, señor —enrojeció de ira Millicent—. ¡Yo no espío nada ni a nadie!

—Pero vio usted salir a la japonesita de mi *suite*, ¿no es cierto?

—Sí..., sí, sí.

—¿Y dónde estaba usted? Debía estar escondida, puesto que yo no la vi, pese a que miré por el pasillo para asegurarme de que no había nadie. Puede que sea tonto, pero le aseguro que no soy ciego. Estaba escondida, ¿verdad?

—Bueno... Sí, es cierto.

—¡Ajá! ¿Y qué hacía escondida?

—Pues... esperaba verle a usted para suplicarle de nuevo que me devolviese mi tarjeta de visita.

—¿Y por qué no me lo suplicó?

—No sé.

—Yo sí lo sé. Le dio tanta rabia ver salir a la japonesita que no quiso ni hablar conmigo. ¿A que sí?

—Quizá.

—Sin quizá, carita de fresa. ¿Sabe usted cómo define el diccionario lo que usted sentía en aquel momento?: celos.

—¡Usted es un estúpido, un engreído, un fatuo...!

—Puede. Pero más guapo que el Redford ése. Adiós, señorita Starbrook. Y no pierda las esperanzas: en realidad, yo soy un hombre amable y asequible. Permítame invitarla.

Puso la copa de champaña entre los dedos de Millicent, le sonrió, y dio media vuelta. Entonces, vio a Danielle, y, tras un simpático gesto de sorpresa, se acercó a ella.

—Danielle..., mi querida Danielle. ¿Puedo decirle que está bellísima esta noche? —saludó, efusivo.

Ella mostró una sonrisa brillante.

—Muy amable, señor Shanon —dijo—. Pero me parece que sus amigos y amigas no van a perdonarle que...

—¡Que se vayan al diablo! Danielle, no dejo de pensar en usted. ¿Por qué no me dijo que tenía intención de asistir a esta fiesta? Bien, bien, no importa... La improvisación, generalmente, da buen resultado. Por favor, considéreme su pareja para esta noche...

Danielle vacilaba.

—No sé si es adecuado, señor Shanon. Yo soy una modesta profesora de idiomas, y usted...

—Vamos, vamos, Danielle... Yo sólo soy un hombre, y usted es la mujer más hermosa que he visto jamás.

—Supongo que debo aceptar —suspiró Danielle, sonriente—. Pero le aseguro que...

Danielle fue interrumpida, de pronto.

Fueron unos gritos de mujer, histéricos, agudos, que parecieron contagiarse a otras damas. Inmediatamente, la gente empezó a correr, a arremolinarse en el vestíbulo del hotel, mientras los empleados y el gerente, palidísimos, trataban en vano de imponer orden, sensatez...

—¡Un hombre asesinado...!

—¡Está muerto en la tercera planta...!

—¡Es un japonés...!

Malcom miraba con los ojos muy abiertos todo aquello. En todos los días de su vida, Danielle no había visto expresión tan asustada y abyecta como la del bello gigante rubio, que empezaba a temblar, a gemir.

—U... un... un hombre asesinado, Danielle... ¡Un asesinato! Dios mío... N... no..., no puedo resistirlo... Me siento mal, muy mal...

—Serénese. Aún no sabemos lo...

—¡No puedo, no puedo...! —chilló Malcom.

Danielle le miraba amablemente. Tenía la oportunidad de salir de allí sin complicaciones de ninguna clase a pesar de que hubiesen descubierto ya el cadáver del japonés.

—Me parece —dijo— que lo mejor que podría hacer es marcharse, señor Shanon. Por mi parte, nada se me ha perdido aquí, y le aseguro que no soy de las personas que gustan de complicarse la vida. ¿Nos vamos?

—Sí..., sí, gracias, Danielle. ¡Vámonos antes de que llegue la policía y nos retenga aquí toda la noche! ¡No lo soportaría!

—Yo tampoco —sonrió ella.

Lograron salir sin que nadie se fijase excesivamente en ellos, pese a la popularidad de Malcom. La atención excitada de todos estaba en lo ocurrido recientemente con un japonés, así que poco después, Malcom y Danielle se alejaban de allí en el coche del *play-boy-actor-espía-contrasespía*.

—Y ahora que pienso —la miró vivamente Malcom—, ¿qué hacía usted en el Olympia, Danielle?

Ella no contestó, y unos segundos más tarde, Malcom la miró, sorprendido. Danielle le estaba mirando, y sus párpados temblaron un instante, mientras contestó:

—Me pareció que esto lo habría adivinado usted ya, señor Shanon.

—Pues... no. Pero no es extraño, puesto que soy un pobre tonto. ¿No quiere decírmelo?

—Sabía... Bueno, me enteré de que usted iba a asistir a esa fiesta deportiva, o al menos eso decían, así que... decidí volver a verle.

—¿Por qué?

—¡Qué preguntas hace usted, Malcom! —exclamó Danielle.

El volvió a mirarla, y también parpadeó.

—Ah... Bien, ya le he dicho que soy tonto. Aunque no tanto, claro. O quizá sea ahora cuando soy tonto, precisamente, por pensar que... ¿Realmente has ido al Olympia sólo para verme a mí?

—¿Para qué otra cosa, si no, Malcom? —susurró ella.

—Bueno... Puestas así de claras las cosas, me parece que estoy obligado a invitarte a una copa en mi *suite*...

—¡No! No, no... En tu *suite*, no, Malcom. No quisiera que el señor Murasaki se enterase de que nos hemos visto. Podría pensar que estamos tramando algo los dos.

—¡Caramba! ¿Y qué podríamos tramar?

—Quizá él llegase a pensar que me estás sobornando, o algo parecido, para que influya cerca de él en la venta de su quinta...

—Vaya, creo que tienes razón. Bueno, tampoco podemos ir a su quinta, en ese caso. Mala suerte: tendremos que despedirnos enseguida...

—No seas tonto —rió ella, dulcemente—. ¿Acaso no te gusta la playa a la luz de la luna, Malcom, querido?

* * *

—Me has convencido —musitó Malcom, después de otro beso en un hombro de Danielle—, verdaderamente, no puedo pensar más que era a mí a quien buscabas en el Olympia. ¿Tienes frío?

—Un poco —admitió Danielle, susurrante la voz—. Pero si deseas nuevamente...

—No soy tan desconsiderado. Y ya es un poco tarde. Creo que será mejor que regreses a casa de tu jefe. Te llevaré en mi coche.

—No, no. Prefiero llegar por mi cuenta, querido, podrían vernos.

—Tienes razón. Bien... El lugar es un poco molesto, porque la ropa se llena de arena, pero... me gustaría volver aquí contigo, Danielle.

—Yo lo deseo tanto como tú. En cuanto a la ropa rió ella, —se sacude y ya está.

—Pues vamos a sacudirla, o al ponérsela nos llenaríamos de arena. Lo cual es muy incómodo. Y yo odio la incomodidad...

Poco después, tomados de la mano, los dos se alejaban del rinconcito entre las rocas donde habían pasado largos minutos de felicidad. Llegaron adonde habían dejado el coche, y partieron

enseguida. Ya en Nassau, Malcom detuvo el coche, y se volvió a mirar a Danielle, seriamente.

—Lamento que tengamos que separarnos ahora, mi amor.

—Volveremos a vernos pronto —aseguró ella, relucientes los ojos—. Y la espera será soportable gracias al dulce recuerdo que tengo ahora de ti, mi vida...

Le rodeó el cuello con los bracitos, girando el cuerpo hacia él. Malcom la abrazó fuertemente, y la volvió a besar en la fresca boca de labios tiernos y llenos. Los dos olían a mar, a noche fría, a arena... Danielle se apartó, finalmente, suspirando. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Malcom, y luego, tras pasarle una mano por el rostro, en dulce caricia, abandonó rápidamente el coche.

Malcom estuvo mirándola hasta que desapareció. Movi6 la cabeza, con gesto ir6nico.

—Mi madre, ¡qué noche...! Espero que todavía tendré tiempo para hacer algo útil...

* * *

—¿Todo comprendido, Eddy?

—Por supuesto.

—Bien. Entonces, prepáralo todo. Luego, siempre con tu discreción habitual, asegúrate de que el japonés asesinado en el Olympia es Shijo Kinugasa. No tengo dudas al respecto, pero tampoco quisiera pasarme de listo. Quiero estar completamente seguro de que es él.

—¿Estás seguro de que fue Danielle quien lo mató?

—No se me ocurre pensar en otra persona. De todos modos, por el momento, no tengo la menor intención de descubrir mi juego. Ella está realizando el suyo..., y lo ha hecho muy bien, debo admitirlo.

—Quizá estás dejando que se vayan anotando demasiadas bazas.

—No. ¿Qué habría ganado agarrando por el pescuezo a Danielle y obligándole a confesar eso..., suponiendo que no estemos equivocados?

—Ella debe saber muchas cosas.

—Es posible que tengas razón —admitió Malcom, tras reflexionar unos segundos—. Pero yo quisiera saber antes algo por

mi cuenta. Si no consigo tanto como espero, pasaré a la acción directa.

—Dios se apiade de esa gente —oró sinceramente Eddy.

—No hay para tanto —gruñó Malcom.

—Eres muy modesto..., cuando realmente te muestras con tu verdadera personalidad, con tu modo de ser. Hace un montón de años que una serie de personas se echa a temblar cuando entra en juego el agente Octopus, y ahora dices que no hay para tanto... Debe ser una falsa modestia por tu parte, querido Malcom, todos sabemos el poder de los tentáculos de Octopus.

—Está bien. Está bien. Empezaré a actuar dentro de media hora, así que no te duermas en lo que te he encargado. ¿Alguna duda?

Eddy movió negativamente la cabeza, y abandonó el sótano, en el cual, Octopus Shanon estaba terminando de sustituir el esmoquin por las negras ropas que solía utilizar en ocasiones.

En las ocasiones en que Octopus comenzaba a extender sus tentáculos...

CAPÍTULO VI

El gigante vestido de oscuro se metió en una cabina pública de teléfono, en la curva de East Bay Street. Una curva amplia, muy iluminada, pero la cabina estaba bien protegida. Octopus marcó un número de teléfono, y en cuanto le respondieron pidió una comunicación, en francés, con voz algo ronca, perfectamente disimulada la suya normal.

La eficiencia del servicio telefónico del Prince George Hotel se puso de manifiesto, ya que sólo quince segundos más tarde, Malcom obtenía respuesta del propio Domagkwu. Hasta el momento, y con un trabajo rápido de Eddy, Malcom sólo sabía que era un negro africano que se expresaba en francés.

—¿*Monsieur* Domagkwu? —susurró Malcom.

—*Allo! Oui...*

—Tiene que salir inmediatamente de este hotel. Siga las instrucciones que voy a facilitarle...

—¿Quién es usted? ¿Qué significa esto?

—No es conveniente hablar demasiado por teléfono, *monsieur* Domagkwu. Alguien nos ha traicionado. Corremos un riesgo inminente, a menos que actuemos con rapidez. Haga lo que voy a decirle.

—Yo no debo preocuparme. Estoy protegido: dos hombres en el hotel vigilan continuamente mi integridad. Por tanto...

—Le matarán antes de quince minutos, *monsieur* Domagkwu, a menos que siga mis instrucciones. Con esto, además, aceleramos la operación.

—Imposible acelerarla. No tengo el dinero que exigen. No lo tengo aquí, se entiende. Por lo demás, ciertamente, sería muy de mi agrado poder terminar este asunto de una vez. Es necesario que

regrese a mi país.

—Comprendo eso perfectamente. No le aconsejo que pierda un solo minuto, *monsieur*. Atienda, y, de modo muy especial, tenga en cuenta que todo está cronometrado. Usted y yo, para el éxito de su fuga, vamos a sincronizar de modo perfecto sus movimientos. No se inquiete ahora por la traición que le he mencionado, porque yo sigo teniendo el poder, las riendas del asunto.

—Bien, le escucho.

—Dentro de cinco minutos, ha de estar en la calle. Salga sin su equipaje; sólo como si fuese a dar un paseo, o a tomar algo en un club. Tranquilo, ¿comprende? Diríjase al muelle viejo, junto al Public Market. Acérquese al muelle, y verá una vieja lancha; no se preocupe por su apariencia, está perfectamente mantenida, en funciones, y con combustible a tope.

—¿Nombre de la lancha?

—Sólo matrícula: NA

2X-1770.

Memorice.

—Sí, sí, de acuerdo.

—Aborde la lancha, y ocúltese en la cabina; no tendrá dificultades. En un estante, bajo los mandos, verá un emisor-receptor, cuya onda está sincronizada con el aparato de que yo dispongo. Esté atento porque recibirá una nueva llamada por mi parte, y nuevas instrucciones. De momento, no nos podemos ver, pero ese inconveniente lo subsanaremos con una comunicación totalmente discreta y amplia. Y frecuente, además. ¿Todo comprendido, *monsieur* Domagkwu?

—Sí... Pero esos hombres que me vigilan...

—Olvídelos. Calculo que recibirá mi llamada dentro de veinte o veinticinco minutos. Haga estrictamente lo que le he dicho. Es todo. Hasta pronto, *monsieur*.

Malcom colgó el teléfono, y salió de la cabina. Fue hacía un lateral de East Bay Street, y se metió en el «Riley» negro. Lo puso en marcha, directo hacia los muelles, a la zona del Public Market. Tardó sólo cinco minutos en dejar el coche oculto y en situarse convenientemente.

Su posición era magnífica, teniendo en cuenta las especiales características de aquel mercado público, al aire libre, que durante

el día era algo en verdad pintoresco, que atraía de modo masivo a los innumerables turistas que visitan Nassau en cualquier época del año. Durante el día, el colorido del mercado al aire libre es algo excepcional: la gente se apiña entre callejuelas que forman los tenderetes, aquellas barracas que desparraman su mercancía, entre el fenomenal escándalo de los negros, mulatos, y blancos, que ofrecen sus heterogéneas mercancías.

Por la noche, las tiendas y las barracas permanecen cerradas, silenciosas. Frente al mercado, el muelle viejo, con luces modestas, con embarcaciones modestas también, aunque en verdad en aquellas aguas el brillo de la luna tropical, sonrosada, tiene un especial encanto.

Malcom Shanon, situado detrás de un tenderete a oscuras, esperaba; simplemente, esperaba.

Sus cálculos resultaron exactos. Su matemático y frío cerebro era incluso capaz de contar los pasos que un hombre necesitaba para cubrir determinada distancia. Vio al negro, que vestía un traje gris perla, con los bajos de los pantalones muy anchos y caídos sobre los blancos zapatos. Era un hombre bastante corpulento, con el cabello muy rizado, abundante. Avanzaba hacia el muelle, con ciertas vacilaciones, hasta que localizó la lancha, y tras mirar en torno, con una actitud que arrancó una fría sonrisa de Octopus, pasó al interior. Entonces, Malcom dejó de prestarle atención. Su objetivo, en aquellos momentos, era aquella pareja de tipos que habían seguido a Domagkwu, y que parecían bastante desconcertados.

Incluso se habían detenido cerca de la primera fila de tenderetes, la más cercana al muelle.

Silencioso, suave y ágil como un gran gato, Malcom empezó a acercarse a ellos. Para evitar serias complicaciones, debía librarse de aquellos protectores de Domagkwu.

Les oyó hablar:

—No lo entiendo, Dirac... ¿Qué está haciendo el negro?

—No sé... Habría que preguntárselo, Eijkman; no me gusta su actitud.

—No parece que vaya a poner en marcha la motora.

—Quizá espere a alguien. Y eso aún me gusta menos. Ese hombre debe permanecer aislado, y protegido. Voy a acercarme un poco y echaré un vistazo.

—Bien. Si no vemos las cosas claras, habrá que pedir instrucciones.

Miró en torno, inquieto. Empezaba a llevar la diestra a la lancha.

—No te preocupes.

Dirac empezó a alejarse. Se perdió por la fila de tenderetes, dando un rodeo para acercarse más discretamente al muelle. Mientras tanto, Eijkman seguía muy atento a la lancha en la que se había metido el negro. Tan atento, que sólo cuando un potente brazo, durísimo, implacable, le rodeó el cuello, se enteró de que tenía a alguien detrás de él.

Se enteró un poco tarde, por supuesto.

Es cierto que forcejeó, que lanzó unos magníficos golpes con los codos, alguno de los cuales alcanzaron a Octopus. Pero el agente de la CIA parecía tener la capacidad de convertir su cuerpo en puro acero; resonaban los codazos, pero cada vez con menos fuerza, mientras Eijkman, con claros síntomas de asfixia, perdía exceso de energías en aquel desesperado forcejeo, a medida que el brazo de Octopus estrechaba el cerco.

Además, Malcom había atraído a Eijkman hacia la oscuridad de un ángulo del tenderete; y dos minutos le bastaron para convertir al tipo en un rígido cadáver, de ojos saltones y cara amoratada, que estaba en el suelo, de costado, metido entre cáscaras de melones.

Apenas alterada la respiración, Octopus esperó, sin perder de vista la lancha, por si debía intervenir contra Dirac, aunque esto no era en absoluto conveniente.

Pero no.

Dirac, bastante desconcertado, regresaba de su merodeo.

Al no ver a Eijkman soltó un gruñido.

—¡Eijkman! —llamó tras vacilar unos segundos.

Miró en torno, inquieto. Empezaba a llevar la diestra al costado izquierdo, cuando alguien le obligó a dar media vuelta. Ni siquiera pudo ver otra cosa que una mancha rubia sobre un rostro bronceado, cuando el tremendo puñetazo le alcanzó en el plexo solar. Se inclinaba cuando fue agarrado por los cabellos. Dos tirones bastaron a Octopus para dejar a Dirac de rodillas, junto al cadáver de su compañero.

Dirac tuvo que reaccionar.

La pistola estaba a punto de llegar a su mano cuando Octopus,

de un modo inhumano, feroz, implacable, justificando sobradamente su indicativo en la CIA, Octopus de la muerte, tomó uno de los ganchos con que los vendedores colgaban los melones metidos en una red, y actuó.

El gancho, con el primer golpe, destrozó el cuello de Dirac, quien vaciló, aún de rodillas, con sólo un soplo de vida, que se escapó de su cuerpo, con un chorro impresionante de sangre, cuando Octopus lanzó el segundo golpe, dejando el terrible gancho hundido en el cuello del muerto.

Dirac se derrumbó sobre Eijkman; ambos sobre cáscaras de melones. Dos asesinos menos.

—No creo que merezcáis mejor lecho —gruñó Malcom.

Se alejó de allí, lo suficiente, pero sin perder de vista la lancha; quizá el negro estaba ya impaciente.

Malcom extrajo su aparato de radio del bolsillo, y realizó la llamada. En efecto, el africano debía estar impaciente, puesto que la respuesta fue inmediata.

—¿Sí? He seguido sus instrucciones. Me pareció que me seguía, y no sé...

—Le dije que no se preocupara, *monsieur* Domagkwu. Advierta que, como le dije, la sincronización es perfecta; todo está saliendo bien.

—Eso espero. Dígame dónde me he de dirigir con esta lancha. La recogida de los aviones no es fácil, y difícilmente podremos variar el plan inicial. Sus gabarras con la caña de azúcar camuflando los dos primeros aparatos han de llegar al islote convenido, al norte de Athol Island, donde espera mi barco.

—Sí, sé eso, *monsieur* Domagkwu. No obstante, la envergadura de las alas...

—Quedamos en que las alas viajarían desmontadas. El fuselaje de esos aparatos cabe bien en la bodega. Son cazas ligeros, ¿no es así? Y las alas, fuera del fuselaje, serán cargadas sin inconveniente alguno. Nos bastará un técnico para luego acoplar esas alas al correspondiente aparato.

—Muy bien, *monsieur*. Recuerde, sin embargo, que por circunstancias especiales vamos a confiar en usted: no hay previo pago, pero mi organización, Hoshi Umi, no perdonaría un... «olvido» por su parte en este aspecto.

—Sobran las amenazas —replicó secamente el africano.

—Magnífico. Celebro que haya pleno entendimiento por nuestra parte.

—Lo hay. ¿Debo dirigirme a ese islote? El barco no ha llegado aún. Tardará dos días como mínimo... Es decir, navegan sin prisas, para llegar en el momento apropiado.

—Diríjase de todos modos al islote. Encontrará víveres, y, ante todo, disfrutará de una importante seguridad.

—Supongo que tendré más noticias.

—Por supuesto. Nuestro contacto será casi permanente. La radio tiene el alcance suficiente. En marcha, *monsieur*. Una cosa: arranque con suavidad. Vaya aumentando gradualmente la velocidad. El tope es de veinte nudos, pero no alcance ese tope hasta haber recorrido aproximadamente una milla. Es por cuestión de discreción. Conectaré con usted dentro de hora y media; no necesitará más para llegar al islote. Buena suerte.

Malcom cortó la comunicación.

Desde detrás de la barraca del mercado vio partir la lancha.

Como una estatua, con su cenicienta y fría mirada gris muy atenta, Octopus siguió la marcha de la pequeña embarcación hasta perderla de vista en la oscuridad...

No por mucho rato, de todos modos.

Octopus vio el tremendo resplandor. Y apagada, como un rugido lejano, la explosión. Se alzaron las llamas al cielo. Las aguas, por un instante, se tiñeron de rojo.

Es claro, la explosión fue detectada, y empezó a producirse cierto movimiento en el muelle.

Octopus acababa de demorar la operación compraventa de los cazas robados. Eso, por lo menos, significaba que disponía de un mayor plazo para resolver el *affaire*. Y, por supuesto, el africano Domagkwu no sabría jamás que el explosivo que había reventado la lancha estaba conectado al tope de velocidad de la misma.

* * *

Era una mañana plácida; el calor resultaba bastante pegajoso; el sol parecía querer hacer entrar en ebullición el agua en aquella pequeña cala, entre rocas y una franja de dorada arena, donde Malcom Shanon se encontraba sentado, fumando un cigarrillo,

esperando algo, al parecer.

Varada a pocos pasos de distancia, había una preciosa lanchita biplaza, blanca; daba la impresión de que podía convertirse en una paloma, y arrancar a volar.

Las débiles olas llegaban mansamente a la arena; la paz era total.

Por fin, Malcom descubrió aquella figura, que saltaba por entre las rocas. Danielle, a su vez, descubrió a Malcom. La bellísima asesina tuvo una vacilación, pero optó por descender a la playita donde solía bañarse, leer, tomar el sol... Estaba al otro lado de la quinta de Murasaki; sólo la franja de rocas y arena separaba la playita de la quinta.

Danielle, en bikini, y su cortísimo albornoz abierto, llegó junto a Malcom, que se había apresurado a ponerse en pie al verla.

—Danielle, querida...

—Malcom... ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte, eso es todo.

—¡Es una imprudencia! ¡Si el señor Murasaki se entera...!

—Oh, mi idea es que se entere, querida. Además, en estos momentos es seguro que alguien de la casa nos habrá visto. De todos modos, no tienes que preocuparte: tengo un buen pretexto para venir aquí a verte.

—¿Qué pretexto?

—Bueno, si te preguntan, podrás decir que he venido simplemente a pedirle excusas al señor Murasaki por haber tenido la pretensión, incluso el descaro..., y yo diría que hasta la desconsideración de venir aquí la anterior ocasión con idea de comprarle la quinta.

—Pero, Malcom, no creo que se deban pedir excusas por una cosa así.

—Lo cierto es —sonrió Octopus— que me gustaría resultarle simpático al señor Murasaki. Y he pensado que un modo de conseguirlo es pedirle disculpas por mi atrevimiento al venir a proponerle que me venda una casa donde él debe haber depositado sus mejores sentimientos, su máxima delicadeza, incluso parte de su sensible alma nipona... ¿Crees que le gustarán estas palabras?

—¡Estoy segura de que sí! —rió Danielle.

—¡Estupendo! Y por lo tanto, cabe esperar que el señor

Murasaki no se oponga a que un caballero como yo, que sabe reconocer errores, pedir disculpas, y captar sensibilidades, venga por aquí de cuando en cuando a visitar a su preciosa empleada... ¿Qué te parece?

—¡Decididamente, no eres tonto! —volvió a reír Danielle.

—Celebro que te vayas dando cuenta. Bien..., ¿qué te parecería un paseo en lancha? —La señaló—. La he comprado expresamente para estos paseos nuestros, Danielle...

—¡Oh! Pero... no puedo alejarme ahora, Malcom, sólo dispongo de una hora, ya lo sabes.

—Estaremos de vuelta antes de que transcurra tu hora de libertad... y de amor. Por cierto, ¿crees que el señor Murasaki se disgustaría mucho conmigo si le robase la profesora de su hija?

—¿Qué..., qué quieres decir?

—Pues, querida, sería absurdo que tú continuases sometida a esta especie de... encarcelamiento, después de lo nuestro.

—¿Quieres decir... que me llevarás contigo?

—¡Danielle...! ¿Qué otra cosa esperabas de mí?

—Oh, Malcom... Siento como si...

—No estemos más aquí —la tomó él de una mano—. Estamos perdiendo el tiempo de nuestra intimidad, Danielle.

—Sí... Sí, tienes razón, sí...

Malcom ayudó a Danielle a abordar la lanchita, y segundos más tarde zarpaban, alejándose rápidamente de allí, dejando una amplia estela blanca. Casi tan blanca como la lancha, como las gaviotas que parecían suspendidas entre el cielo y el mar... Danielle se abrazó a la cintura del actor-espía, y se quedó mirando al frente, notando en su rostro el impacto del aire salobre.

Malcom Shanon estaba complicando demasiado la situación, a juicio de Danielle. En las actuales circunstancias, sus relaciones con el famoso actor no eran convenientes. Bien había estado lo de la noche anterior: lo había utilizado, había pasado un rato agradable (¿por qué negarse esto a sí misma?), y adiós... Claro, ahora no podía decirle, de pronto, que no quería estar en su compañía, ya que Shanon, por tonto que fuese, se sorprendería, y quizá incluso consiguiese atar algún que otro cabo, si se dedicaba a pensar... Así que no tenía más remedio que seguir el juego de amor iniciado la noche anterior, simular que lo amaba..., lo que, a fin de cuentas, en

modo alguno resultaba desagradable.

—¿Adónde vamos, Malcom? —gritó, elevando su voz por encima del rugido del motor de la lancha.

—¡Cuando venía hacia aquí, dando un paseo, encontré un sitio precioso, exacto lo que andaba buscando! —Alzó él también la voz—. ¡Llegaremos en pocos minutos!

—¡Pero estamos perdiendo el tiempo, querido...!

Shanon la miró, sonrió, y paró el motor. La lancha continuó deslizándose sobre las cristalinas aguas, que centelleaban bajo el cálido sol... El actor-espía giró hasta abrazar a Danielle, que alzó los brazos para abrazarse a su cuello.

—Es un hermoso lugar el que te ofrezco, Danielle —susurró Malcom.

—Todos los lugares son hermosos... si tú estás conmigo.

Malcom Shanon sonrió, y se inclinó a besar los labios de la muchacha. Mientras lo hacía, su mano derecha subió, encontró el cierre de la pieza superior del bikini, y lo soltó... Danielle se envaró un instante..., y acto seguido correspondió con más pasión al beso..., mientras Octopus, a tientas, encontraba el mando que abatía hacia atrás el asiento doble de la lanchita... Las uñas de Danielle apretaron en la nuca del *play-boy-actor*, como si fuesen a perforar la piel...

* * *

—Debemos volver —susurró Danielle—. Se me está haciendo tarde, mi vida.

—Está bien —Malcom deslizó sus labios un instante por un hombro de ella—. Pero me gustaría que fuésemos a ver el lugar del que te he hablado. Sólo por si te gusta, para ir allá la próxima vez. Está cerca, de verdad, mi amor.

—Está bien —sonrió ella—. Vamos a verlo, pero deprisa.

Malcom asintió, y movió el mando, de modo que el asiento doble ocupó su posición para ir sentado normalmente. Vio que Danielle miraba a todos lados.

—¿Qué buscas?

—Mi bikini. Si hay alguien en este sitio...

—¡Claro que no hay nadie! —rió Octopus—. De modo que puedes seguir gozando libremente de las caricias del sol.

—Prefiero las tuyas.

Malcom la acarició, y acto seguido se dedicó a los mandos de la lanchita. Cuando continuó navegando, su objetivo estaba cumplido: se había cerciorado, sin lugar a dudas, de que nadie les seguía en otra embarcación. De ser así, él habría avistado a quien fuese, después de estar vigilando con mucha atención alrededor de la lancha..., mientras Danielle creía que sólo estaba ocupado en el amor.

Pero no. Nadie seguía a Danielle, estaban solos, verdaderamente. Como siempre, Octopus trabajaba sobre seguro.

CAPÍTULO VII

La lanchita, a motor parado, se acercaba por inercia a aquel islote solitario en el mar. Un pequeño atolón, con vegetación en los bordes, con un pequeño lago, apenas un charco, en el centro, y doradas arenas en sólo una zona; lo demás, coral fosilizado.

En la lancha, Malcom separó sus labios de los de Danielle. Ella suspiró, y cerró los ojos. Malcom ya no le hacía sombra, y el maravilloso cuerpo de la asesina destellaba al sol.

—He sido feliz, Malcom... Muy feliz... —susurró.

—Y yo. Te amo, Danielle.

—Malcom, tenemos que regresar enseguida. Ya ha pasado la hora que...

—Aún no, por favor...

—Diste tu palabra.

—¿No es más importante el amor? Danielle, quiero estar ahí, en esta pequeña isla, como si no hubiese nadie más en el mundo, sentirme a solas contigo.

Se inclinó, y volvió a besarla. Danielle se aferró al cuello de aquel gigante bronceado, y respondió con pasión a los nuevos besos.

Ya la lancha en la playita, Malcom tomó a Danielle en brazos, y la dejó sobre la faja de arena, cerca de unos arbustos de tronco delgado, pero fuerte. Luego, Malcom fue a buscar las ropas de ella, y las dejó a un lado. Danielle, con los ojos cerrados, gozaba de todo aquello con enorme intensidad, así que no concedió importancia a esto. Notó que Malcom le tomaba una mano, y sonrió.

Su sonrisa, no obstante, empezó a torcerse un poco. ¿Qué estaba ocurriendo...? Notó algo frío en la muñeca.

Abrió los ojos y respingó al ver la fría mirada de acero de aquel

hombre. Era difícil reconocer al

play-boy

Malcom Shanon en aquellos momentos. Y para mayor desconcierto, Danielle descubrió lo que había hecho Malcom: sencillamente, le había esposado la muñeca derecha, y la otra argolla de la esposa estaba rodeando el tronco de uno de aquellos delgados, pero fuertes arbustos.

Con un grito de ira, intensamente pálida, Danielle dio un tirón, que fue inútil. Luego, denotando una formidable agilidad, quiso saltar para atrapar con ambas piernas a Malcom y derribarle, pero falló lamentablemente. Octopus sólo había tenido que retroceder un paso, sin dejar de posar aquellas dos frías gotas de acero que tenían sus pupilas en los ojos de Danielle, que jadeando, comprendiendo su derrota, sentía arder en su pecho un volcán de ira, de odio.

—¿Más tranquila, Danielle? —inquirió Malcom—. ¿Vas comprendiendo la situación?

—¡Cerdo! ¿Qué te propones?

Una seca sonrisa torcida transformó a Malcom de nuevo ante los ojos de Danielle.

—Lo sabrás inmediatamente: voy a hacerte una serie de preguntas, y tú solo debes responder, para salvar la vida. Una vez yo sepa lo que me interesa, te dejaré aquí, y unos amigos vendrán a recogerte más adelante. Por eso te he traído tus cosas —señaló las ropas de ella.

—No comprendo... ¿Quién eres, Malcom? ¿Qué es...?

—Cierra la dulce boca, Danielle, hasta que yo te lo diga. Por el momento, todo va bien para ti; estás tomando el sol como a ti te gusta hacerlo. Pero a medida que vayan pasando las horas, maldecirás con todas tus fuerzas ese mismo sol. Ahora, hálame de Hoshi Umi, o Estrella de Mar. Adelante, amor de mi vida.

Era ostensible la palidez de Danielle en aquellos momentos. Su boca estaba plegada en una mueca dura, de determinación.

—¿No, Danielle? —inquirió Malcom.

Ella no se molestó en despegar los labios.

Malcom echó a andar alejándose de allí, dando un rodeo. Danielle se contorsionó, trató de liberarse de aquellas esposas, pero inútilmente, por supuesto. Tampoco pudo localizar a Malcom, quien reapareció unos minutos más tarde, con una caña en la mano.

Sin pronunciar una sola palabra, fue a la lancha y se sentó un instante frente a los mandos. Debajo de éstos, en un panel, había una navaja, que Malcom tomó. Con la navaja y aquella caña fue a la arena, a cierta distancia de Danielle, que observaba sus movimientos sin comprender.

No obstante, con notable habilidad Malcom, en *slip*, ligeramente sudoroso, con los músculos de sus brazos resaltando llenos de poder, de elasticidad, estaba fabricando algo: astillas. Astillas como cuchillos. Se sintió satisfecho, al parecer, cuando consiguió media docena, que tomó con la mano izquierda.

Luego se acercó a Danielle.

—¿Recuerdas algo de Hoshi Umi? —inquirió.

—No.

—Reflexiona treinta segundos aún. Cuando te repita la pregunta, si ha transcurrido ese tiempo, tendrás que responder llena de dolor.

—No te creo. Eres incapaz. No eres más que un estúpido cobarde.

Malcom no alteró su expresión.

A los treinta segundos bien calculados, colocó un pie sobre el fino vientre de Danielle, inmovilizándola, y la primera astilla, afiladísima como un cuchillo, quedó hundida más de media pulgada, junto al seno izquierdo de Danielle, la cual perdió el color, y lanzó un aullido que resonó perdiéndose, como diluyéndose alrededor.

—Tienes otros treinta segundos, Danielle —concedió Malcom.

—¿Quién..., quién eres...? —jadeó ella.

—Malcom Shanon, amor mío. Me conoce medio mundo...

—Tú..., tú eres agente de la CIA...

—¿Eso piensas? Y qué agente de la CIA podría ser yo, ¿eh?

—¡Octopus! Tienes..., tienes que ser Octopus... ¡Maldito!

Malcom mostró otra astilla, sin inmutarse.

—No me gusta lo que estoy haciendo, Danielle, pero voy a seguir adelante. Nada personal, de veras. Es sólo que soy norteamericano, y trabajo en la defensa de mi patria. Bien... Veo que tienes dos preciosos ojos..., por ahora.

Acercó la astilla al rostro de Danielle, que lanzó un chillido de espanto.

—Es Murasaki... ¡Es Murasaki! —jadeó—. Hoshi Umi, Estrella

de Mar, es... es reciente... Murasaki se dedicaba a otras actividades, pero ahora, que tiene más poder, Murasaki y sus verdugos se dedican a...

—Se supone que su actividad actual consiste en el robo de aviones de caza americanos, eso lo he comprendido ya. Aparatos que luego trata de vender. Es el caso de Domagkwu, por ejemplo, ¿no?

Danielle pestañeó.

—¿Conoces a Domagkwu?

—Por supuesto.

—Pero...

—Dejemos eso. Domagkwu ha desaparecido, y con él, de momento, la posibilidad de realizar la transacción. Shijo Kinugasa tuvo tiempo de hablarme de él... Ahora, Danielle, dime, ¿cómo es posible que alguien se arriesgue a comprar aparatos de guerra americanos, que han sido robados, y que son perfectamente identificables?

—No es exacto... Quiero decir que no son tan fácilmente identificables cómo crees...

—¿Acaso crees que basta un simple camuflaje para disimular el tipo de avión?

—Es algo más que un simple camuflaje. En realidad, lo único que no se disimula es el fuselaje. Lo demás, todo es distinto. Tomemos, por ejemplo, un caza con alas en delta. Su fuselaje es normal. Lo que hace Murasaki, es desprender las alas de ese aparato, y transformarlas en alas normales, que acopla a un fuselaje distinto. No sólo se cambian las alas, transformadas, de un aparato a otro, sino que lo propio se hace incluso con motores... Hay aparatos de los ya transformados, que tienen características de tres de los que aguardan su transformación.

Malcom parecía sorprendido; incluso algo incrédulo.

—Estás tratando de decirme que podéis hacer un avión nuevo, tomando el fuselaje de un

F-101

«Voodoo», las alas de un

F-86

D, y el motor y características del morro de un

F-94

pongamos por caso... ¿Es eso, Danielle? Evidentemente, un avión así, con distintas pinturas, con siglas y matrícula falsas, sería irreconocible, inidentificable...

—Eso es lo que hace Murasaki.

—Mientes.

Danielle se estremeció como si notara ya el agudo pinchazo de la próxima astilla.

—¡Es la única verdad, te lo juro!

—Es posible que Murasaki tenga esa poderosa organización capaz de robar los aviones. Es más, eso está demostrado. Pero sólo un necio creería que tiene la fuerza suficiente para realizar esas transformaciones. ¿O desconoces el laborioso y difícil proceso que se requiere para desmontar alas de un aparato, y transformarlas y acoplarlas a otro?

—Dispone de más de veinte mecánicos expertos...

—¿Dónde? —inquirió, siempre incrédulo, Malcom—. ¿Dónde están esos mecánicos? Y la energía necesaria... ¿No lo entiendes? Para transformar esas alas, primero tiene que fundirlas; el material es el mismo, pero hay que darles nueva forma. ¿De dónde saca Murasaki semejante caudal de energía?

—Logra esa energía de un modo incluso gratuito —musitó Danielle—. La instalación fue bastante costosa, pero compensa de sobra, a juzgar por los resultados.

—¿Cómo la obtiene?

Danielle se mordió los labios.

—Por medio de heliostatos —musitó por fin.

—¡Los espejos!

—¿Los has visto? Bueno, parece que se te escapan muy pocas cosas, Malcom...

—Se me escapó lo suficiente —gruñó Octopus, ceñudo—. ¡Los espejos, naturalmente...! Las bolas giratorias; esas bolas, esos espejos, van concentrando la luz solar, y la convierten en energía... Y por lo que sé, Murasaki dispone de ocho o diez heliostatos, lo cual, evidentemente, hace creíble ese... milagro de la obtención de energía. Calculo que con esos heliostatos, recogida toda la energía mediante cables, puede obtener un calor correspondiente a cinco mil grados centígrados, o quizá más. En suma, una temperatura capaz de fundir cualquier cosa, prácticamente.

—Así es. Cada heliostato produce un caudal de energía; cada uno tiene su cable; luego, existe una conexión común, de modo que toda la energía se vierte en un gran horno de fundición. De ese modo, el material de las alas de los aviones no ofrece la menor dificultad: se convierte en simple barro en manos de los técnicos de Murasaki.

—¿Habéis vendido algún avión? ¿Domagkwu era vuestro primer cliente?

—Era el primero, sí.

—¿Tenéis el suficiente espacio para situar los nueve aparatos robados? ¿Todos en la nave del horno de fundición, donde trabajan los técnicos?

—No... No, no... Murasaki dispone de espacios más que suficientes: tiene los cañaverales, que son un camuflaje perfecto.

—Entiendo. Y las gabarras, para el transporte.

—Así es. De aparato en aparato, se van realizando las transformaciones. Los aviones están camuflados en los cañaverales, y cuando se ha realizado un trabajo, una gabarra sale con el avión transformado, y ya ha traído, previamente, el que seguirá en el proceso de camuflaje.

—Asombroso...

—Murasaki ha conseguido una organización importante, sí.

—¿Pensaba seguir robando aviones?

—No lo sé...

—Demasiado riesgo, me parece a mí. Todo el mundo está ya muy alerta.

—Murasaki lo sabe. Supongo, sin embargo, que hubiese proyectado otras operaciones.

—Sin duda. Ahora, Danielle, explícame dónde está instalada la nave con el horno de fundición.

—Ocupa gran parte de los sótanos de la quinta... Tiene una abertura electrónica en las rocas que dan al acantilado de la derecha; la compuerta es blindada, y cabe justo el fuselaje de un avión, envuelto en material aislante. Luego, se iza con facilidad a la gabarra, que espera allí. Naturalmente, tales operaciones se realizan durante la noche, de madrugada. Suelen ser rápidas, de todos modos.

—¿Vigilancia?

—Existe, por supuesto. En tierra, y también turnos en el mar: hombres-rana.

Malcom reflexionó unos instantes, y de pronto, sobresaltando a Danielle, le tiró la astilla sobre el pecho.

—Traza un croquis —ordenó.

—Malcom..., no puedo mover la...

—En la arena, con esa astilla, traza un croquis.

—Eres un monstruo... ¡Un monstruo! —Casi sollozó Danielle.

—Pertenece a la misma familia, querida. Dibuja y explica.

—¡Me desangraré!

—Sería lamentable, así que trataremos de evitarlo. Pero luego.

Con un esfuerzo, jadeando, sintiendo cada vez con mayor intensidad el dolor en su costado, Danielle pudo tomar la astilla con la mano izquierda. Malcom, con el pie, alisó la fina arena, para que los dibujos fuesen perceptibles.

De vez en cuando, una gota de sangre caía sobre la arena.

Como si la bellísima Danielle no estuviera desnuda al sol, magnífica, Malcom estaba solo atento a lo que ella iba dibujando.

—¿Eso significa que a los sótanos, a los talleres, puede llegarse desde la compuerta en el acantilado, y por el interior de la casa? —inquirió Malcom, de pronto, señalando el dibujo.

—Sí... Aquí, en el recodo del pasillo, está la puerta de la bodega; a una distancia de cinco metros, exactamente, se encuentra la puerta falsa, completamente invisible para quien no conozca su existencia. Hay un tramo de escaleras, y luego, en un descansillo, un hueco con un montacargas. Toda la energía del complejo camuflado proviene de esos heliostatos. Una vez abajo, en la nave, muy amplia, se puede ver ya todo el engranaje de la organización. El horno, se encuentra al fondo, y lo manipula un solo especialista.

—Bien. ¿Dónde unen los cables de todos los helios —tatos?

—En el agua, a una profundidad de diez brazas, pegado a las rocas; todos los cables tienen allí la conexión común. Tal conexión penetra por la roca, hasta la instalación del horno.

—Comprendo. ¿Dónde suelen situarse los vigilantes de tierra?

—Siempre entre las rocas.

—¿Los acuáticos, los hombres-rana?

—Suelen estar en botes neumáticos, cerca de la costa. Realizan una inmersión, de cuatro en cuatro, cada hora, para inspeccionar

las cercanías de la compuerta y el cable general de conexión. En caso de alarma en tierra, esos hombres-rana reciben señales luminosas de los vigilantes de tierra. Hasta el momento, sin embargo, no se ha producido el menor incidente.

Malcom examinaba una y otra vez aquel tosco croquis; era suficiente, no obstante, para tener una idea del terreno, con sus peculiaridades, y, por supuesto, sus riesgos.

—¿Murasaki tiene protección personal en la quinta?

—Dos criados japoneses.

—¿Sólo dos?

—Sólo dos... Pero son luchadores de «sumo».

—Ya. Siempre he admirado a esos mastodontes que, además de fuerza física, tienen casi siempre sorprendente agilidad, para su peso. Bueno, nos ocuparemos de ellos debidamente. ¿Qué me dices de Noriko?

—No comprendo tu pregunta.

—¿Qué parte tiene ella en la organización Hoshi Umi?

—Ah... No es un elemento activo, si es eso lo que te interesa saber. Pero, ciertamente, está del lado de su padre, al que ama por encima de todo. Y es correspondida en una medida extraordinaria por Murasaki..., aunque éste sea un hombre un tanto severo y poco dado a revelar sus sentimientos.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Pues... nada más. Bueno, creo que Murasaki está pensando en alejar de aquí a la muchacha, pero lo va retrasando. Supongo que está esperando el momento propicio, o sea, cuando pueda pensar seriamente en ello. Ahora, la organización le absorbe demasiado.

—Claro. Y quizá es por eso que debe temer no estar atendiendo debidamente a Noriko. Está bien, Danielle, creo que hemos terminado, así que... adiós.

—¿Vas a dejarme aquí? —Se angustió ella.

—Ya te lo he dicho antes. Pero no temas, no morirás de insolación. En primer lugar, ahí tienes tus ropas, que podrás ponerte, aunque sólo sea el albornoz, por encima, para protegerte. En segundo lugar, unos amigos míos no tardarán en venir a recogerte.

—Lo que significa que seré llevada prisionera a Estados Unidos...

—Hay destinos peores, querida mía.

—Está bien —se dio por derrotada definitivamente Danielle—. ¿Serías tan amable de traerme mi bolsito de playa? Tengo los cigarrillos en él... ¿O no vas a permitirme que fume?

—Qué tontería —farfulló Octopus—. ¿Por qué habría de hacer semejante cosa? Te traeré tu bolsito ahora mismo.

—Gracias...

Shanon se quedó mirando cómo perplejo a la muchacha.

—Me parece que has adquirido un concepto equivocado de mí, Danielle. Por ejemplo, antes me llamaste «monstruo...». ¿Realmente te lo parezco? ¿Por qué? ¿Porque sé avenirme al combate en el terreno que los demás elijan? En tu caso concreto, aún he sido... amable y considerado, diría yo. ¿Quieres que enumere los asesinatos que has cometido?: Launder, Donegan, el mayor Peggler, el japonés llamado Kinugasa, luego su hijo, en el Olympia... ¡Vamos, querida, no has sido muy ecuánime al llamarme monstruo a mí! ¿O quizá no has sido tú quien ha matado a todos esos hombres?

Danielle se mordió los labios, y bajó la cabeza. Malcom movió la suya con un gesto de condescendencia, y se dirigió hacia la lanchita... Danielle clavó su mirada en la espalda de Octopus, pero entornando los párpados, por si él se volvía y captaba su brillo asesino. Lo iba a matar... ¡Iba a matar al invencible Octopus! Si él le entregaba su bolsito, no saldría vivo del pequeño atolón. En cambio, ella, después de matarlo, sólo tenía que utilizar de nuevo su barrita de labios, para cortar con el delgado rayo láser las esposas... ¡Y ya, sólo tendría que saltar a la lancha, y regresar para informar de todo a Murasaki!

Bajó de nuevo los párpados cuando Malcom se irguió, volviéndose. Lo oyó saltar de nuevo al agua, y entonces volvió a mirarlo. Con agua hasta apenas las rodillas, el gigante rubio caminaba hacia ella. Llegó en pocos segundos, y tiró el bolsito ante ella.

—¿Puedo hacer algo más por ti, Danielle?

—No... No, gracias... No.

—Entonces, adiós. Y... gracias por todo, «amor».

Octopus hizo un gesto con la mano, y comenzó a volverse.

Danielle dejó de mirarlo enseguida, para tender velozmente su

mano libre hacia la bolsita, hurgando frenéticamente en su interior. Encontró la barrita de labios, la agarró adecuadamente, y, lanzando un grito de salvaje alegría, la apuntó hacia Shanon..., que estaba ahora vuelto hacia ella completamente, mirándola...

—¡Muere, puerc...! —gritó Danielle.

El delgadísimo rayo brotó, como una línea roja apenas visible bajo el sol, en dirección a Shanon... Pero éste ya no estaba en el lugar por donde pasó el láser. Había saltado hacia su izquierda, mostrando ahora la pistola que se había colocado antes en la cintura del *slip*, en la espalda...

El grito de triunfo de Danielle se convirtió en otro de furia y terror a la vez, en un trémolo frenético, en un intento de súplica...

¡*Crack!*, restalló el disparo efectuado por Octopus.

Un restallido seco, breve, que no tuvo ecos, ni resonancias de ninguna clase, que se diluyó en el amplio espacio lleno de sol.

Durante unos segundos, el actor-espía estuvo contemplando con gesto huraño el cadáver de Danielle. Por fin, movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Es mejor así —musitó—. Te concedí una oportunidad, pero realmente, temía por la vida de mis amigos. Y tú no has sabido conservar la tuya, Danielle. Te lo diré bien claro, amor mío: no tengo remordimientos, porque quien a hierro mata, a hierro muere.

Finalmente, Octopus se dijo que debía apresurarse: no era tiempo lo que le sobraba, si quería llevar adelante todo el plan que, como siempre, tan cuidadosamente había estudiado con anterioridad.

CAPÍTULO VIII

En su magnífico lecho de aquella habitación con vistas al mar, Noriko respiraba agitadamente. Algo la enfurecía, algo se le escapaba de entre las manos, de un modo que no comprendía. Y Noriko sentía la absoluta necesidad de tomar todo lo que la vida le ofrecía, de asir todo aquello que pasara por su lado y significara intenso placer. Su cabello negro se desparramaba por la almohada; y así echaba, pensando, estremeciéndose, bebía sorbitos de *whisky*, y fumaba «Melachrinos» emboquillados.

Cuando sonó el teléfono, Noriko se sentó velozmente en el borde del lecho.

Sintiendo un fuerte palpar en el pecho, alargó la mano, tomando el aparato.

—¿Sí? —musitó.

—¿Eres tú, Noriko?

La bella y jovencísima japonesa cerró los ojos. Cerraba también la boca, por miedo a que su loco corazón escapase por ella. ¡Era él! ¡Por fin!

—Malcom, amor mío —musitó, luego—. Ya desesperaba...

—Eso nunca. Te amo, Noriko.

—Malcom..., ¿no podemos vernos? —gimió Noriko—. A escondidas, donde quieras, como quieras...

—Noriko, creo haber descubierto algo sobre la llamada de anoche. La maldita mujer que impidió nuestro amor... ¿Recuerdas que mencionaste a Danielle?

—Sí, sí, lo recuerdo —dijo, tensa, Noriko.

—Bueno..., seguramente he hecho mal pero he descubierto algo de ella que no comprendo. ¡La he visto con un negro africano! No sé... Iban juntos. Les vi en el muelle del Príncipe Jorge. Yo estaba

probando mi «yola», y al principio no podía creerlo. ¡Pero era ella, estoy seguro! La vi en el muelle, y luego abordaron un pequeño yate, que se hizo a la mar. No les he visto regresar, así que no debemos temer nada. Danielle no sabrá nada de nosotros. Si se ha marchado, tenemos libertad para amarnos...

Pese a su emoción, Noriko estaba un poco aturdida por aquella inesperada noticia.

—¿Cuándo y dónde, Malcom? —No tardó en reaccionar.

—A las diez..., en el jardín del Montagu Club.

—¡A las diez...! ¡No soportaré la espera, amor mío!

—Tenemos que serenar nuestra pasión, Noriko. ¿Estarás allí a las diez?

—Sí, sí, Malcom... Estaré allí.

—Y sin trabas, amor mío. Si regresara Danielle, disimula tu salida.

—No temas. No temas nada, Malcom. ¡Te quiero!

Segundos más tarde, Noriko colgaba el teléfono.

Si la vida hacía pasar por su lado a Malcom Shanon, ella lo asía. ¿Por qué no? Aquel gigante de bronce la enloquecía, hacía correr su sangre, latir su corazón...

Pero había algo más. Algo raro en todo aquello. Malcom, su querido Malcom, había descubierto casualmente algo que podía interesar a su padre. Danielle con un negro africano. Quizá convendría decírselo a su padre, que parecía bastante preocupado. Eso sí: sin delatar su cita con Malcom, por supuesto.

Decidió cambiar de vestido, ponerse otro, más sugestivo, con bordados en seda. Los zapatos de tacón alto y cuadrado, y ya estaba.

Salió de su habitación, y descendió al vestíbulo. De allí fue directa al despacho de su padre. Entró sin llamar, sorprendiendo a Koyo Murasaki en actitud meditativa.

Con la serenidad en los ojos, Murasaki miró a su hija.

A Noriko, ciertamente, le impresionaba aquel marco en que solía encerrarse su padre. Para ella, todos aquellos objetos de «kara-kane»,

o

«sin-mu»,

bronce con aleaciones, que le daban un colorido verde o amarillo,

representaban algo ancestral, algo que, aun tratando de desentenderse de ello, tenía un significado en su sangre.

Aquellos escudos con sables y dagas, pertenecientes a antiguos «samuráis» a sueldo de los «daimios» o príncipes-territoriales, capaces de cualquier sacrificio, incluso el de abandonar a la mujer que amaban si el «daimio» determinaba que no pertenecía a la estirpe «samurái...».

—Padre...

—Estoy ocupado, Noriko.

—Lo sé. Nunca me he mezclado en tus asuntos, ¿verdad?

—Ni deseo que lo hagas ahora.

—Sin embargo, creo poder ayudarte.

Murasaki, aunque sin perder la impasibilidad de su hija.

—¿A qué te refieres?

—He oído algo sobre un negro africano. Y Danielle no ha regresado esta mañana.

—Es verdad.

—Yo desconfiaba de Danielle, y sé que ha sido vista con un negro africano hoy. En el muelle Prince George: ambos se fueron en un pequeño yate.

Murasaki, aunque sin perder la impasibilidad de su rostro, se puso en pie.

—¿Cómo lo has averiguado? —inquirió.

—Danielle interfiere en... mis asuntos personales, padre. No tengo por qué permitirlo. Ella quiso hacerme daño. Por eso desconfiaba de ella. Admito, sin embargo, que ha sido una sorpresa para mí su huida con el negro africano.

—¿Huida?

—No sé cómo calificarlo, si no es así.

—¿Quién te ha informado?

—No importa el nombre. Es alguien que cobra por informar —mintió Noriko, salvando la intervención de su amado gigante rubio.

—Creo que comprendo. Me interesa tu vida, Noriko. ¿Qué asuntos tuyos personales ha interferido Danielle?

—¿Cuáles pueden ser los asuntos más importantes de una joven de diecinueve años?

Murasaki, por supuesto, lo adivinaba. No obstante, no consideraba aquél como el momento más oportuno para

profundizar en aquel asunto, que si bien le interesaba muy directamente, podía ser relegado. Su propia seguridad, su ambición, su organización Hoshi Umi, requerían más atención por su parte, de momento.

—Creo comprender, Noriko. Hablaremos de eso. Déjame sólo ahora.

—Como quieras, padre.

Noriko se retiró. Por lo general, sentía el deseo inexplicable, casi la necesidad, de hacer una reverencia cada vez que entraba o salía de aquella especie de santuario de los grandes guerreros nipones. Pero su orgullo, su juventud, sus ideas, se sobreponían, y salió de allí erguida, sin tal reverencia. En cuanto a Murasaki, pulsó de inmediato un resorte de llamada. Y esperó un minuto tan sólo.

Mayerhof y Minot entraron en el despacho. Murasaki, en su sillón, parecía estar disecado. Sus ojos, no obstante, en verdad, concentraban toda una enorme energía...

Fue mirando de uno a otro hombre mientras decía:

—Domagkwu y Danielle están juntos. Tal vez sea una injusticia precipitar nuestros juicios, pero deben ser hallados, y requerir las explicaciones que hagan al caso. Eijkman y Dirac han sido hallados muertos en el mercado público, y Domagkwu desapareció anoche. Danielle ha sido perdida de vista esta mañana, y sé que ambos se han visto en el muelle del Príncipe Jorge, en un yate. Encontradles.

Mayerhof y Minot cambiaron una rápida mirada.

—¿Dónde debemos suponer que se encuentran? —inquirió Minot.

Murasaki les dirigió una fría mirada.

—Si lo supiera, no os diría «buscad». Os ordenaría: «traedles».

—Un yate puede fondear en cualquier lugar. Y hay cientos de islas, islotes, cayos, atolones...

—Disponed de los medios que consideréis necesarios. Y que todos los hombres disponibles se lancen a la búsqueda, que os ayuden. Pero encontradles. Y pronto.

Mayerhof no podía evitarlo: hacía la reverencia. Y como no hacía al caso formular más preguntas, salieron de allí, dejando de nuevo a solas a Murasaki.

El agente Octopus resultaba prácticamente invisible. Para su comodidad, para su rapidez de movimientos, se encontraba ya equipado con el traje de goma, negro completamente, a excepción de la capucha y las botellas y tubo; se movía apenas. No había la menor necesidad, ya que desde aquel punto, utilizando un catalejo de ultravioleta, captaba a la perfección todo el movimiento de la quinta, que resultó ser intenso durante cuestión de quince minutos.

Ante su nuevo triunfo, ante la sutileza y astucia de su cerebro, Octopus no sentía la menor satisfacción. No sentía nada. Aquello era, simplemente, lo que debía ocurrir. La reacción de Noriko a su llamada debía producir aquellos efectos: que mucha gente abandonara la quinta.

Unos, en coches; otros, en lancha.

Diez hombres, salidos sin duda del sótano, habían desaparecido de escena.

Malcom fue retrocediendo. Por entre rocas, cuidando sus movimientos, ya que la humedad y la goma son un complemento perfecto para el resbalón peligroso, iba en dirección al mar.

Al llegar a un hueco, se detuvo.

Su mente, por enésima vez, repasó el plan que había forjado. En aquellos momentos, su cerebro era cámara cinematográfica y pantalla al mismo tiempo. Además, el cálculo de los acontecimientos aparecía también en la mente de Octopus.

Conocía la distribución del personal de vigilancia en tierra, en las rocas, y también la de los hombres-rana. Por consiguiente, su plan, sin demora, debía seguir adelante. Se colocó la capucha de goma negra, dos botellas de aire, cuyo tubo quedó suelto a unas pulgadas de su boca, en tanto colocaba a modo de gafas un «marscopio», que permitiría ver nítidamente contornos blancos, definiendo las formas, a cualquier profundidad que se hallase.

Y ya, al agua, sin olvidar el fusil subacuático. Sin olvidar asimismo, lo más importante: un paquete bastante voluminoso, atado a la cintura, envuelto en material impermeable.

Se sumergió sin ruido, sin chapoteo alguno, y profundizó, sin prisas, con una autonomía de media hora, tiempo suficiente para resolver sus asuntos.

Le interesaba, de momento, descubrir un cable de heliostato; uno sólo era suficiente para llegar al final.

Se movió por entre raras formas de peces que huían despavoridos al percatarse de aquella presencia extraña: Veía de un maravilloso contorno blanco todas aquellas formas, identificándolas. Peces o plantas.

Cuando dio con uno de los cables, aquella línea blanca continua, también lo identificó al instante; ya sólo tenía que seguir el cable hasta el final. Ello era relativamente fácil, y tras descender un poco más, dirigiéndose luego hacia las rocas, alcanzó la conexión general. Vio nueve cables más, unidos a la conexión, lo cual indicaba que los heliostatos eran diez. Formidable energía, sin duda alguna.

Octopus quedó como aplastado contra las rocas, moviéndose apenas, sólo para contrarrestar la fuerza del agua; sus manos manipulaban en la cintura, en el paquete impermeable.

De aquel paquete extrajo una especie de rectángulo, de superficie blanda, perfectamente adaptable a cualquier forma, y tras delicadas comprobaciones, situó el rectángulo pegado a la conexión de los diez heliostatos. Cuestión de dos minutos. El mismo tiempo invirtió en colocar el segundo rectángulo de las mismas características.

Tras cerciorarse de que no había fuerza capaz de desprender aquellos adminículos de la conexión general, empezó a nadar hacia la derecha, siguiendo el «croquis» trazado por Danielle en la arena de aquella diminuta playa.

La compuerta.

Destacaba, en efecto, el cuadro. Como Danielle había afirmado, aquella compuerta, con una longitud de seis metros, era más que suficiente para permitir el paso de un fuselaje de avión. Frente a la compuerta, a los lados, oscilaban plantas, se movían confiados peces, que sólo al percibir aquella extraña forma huían.

Al llegar frente a la compuerta, la fue tanteando: sólo hacía que comprobar la dureza del blindaje de aquella compuerta hermética. Comprendió que se alzaba. Por tanto, se impulsó ligeramente hacia arriba, hasta encontrar, en efecto, la ranura por la cual la compuerta desaparecía, dejando libre la abertura en la roca.

Aquel trabajo iba a ser un poco más delicado, ya que se trataba de cubrir toda la ranura por la que se introducía la compuerta al ser alzada electrónicamente. Con nervios de acero, se dedicó a su

trabajo. A cada metro, aproximadamente, colocaba uno de aquellos rectángulos adaptables a la superficie de que se tratase. Por consiguiente, tenía que colocar seis, tantos como metros de longitud tenía la compuerta. Tarea laboriosa, que no permitía fallos.

Empleó quince minutos en terminarla, y calculó, por tanto, que llevaba ya veinte minutos sumergido. El aire, en breve, le escasearía. Por lo demás, en décimas de segundo llegó a la conclusión de que aquella forma blanca que se acercaba velozmente hacia él, con un haz de luz en la frente, no era, precisamente, un boquerón...

Antes de moverse, Malcom notó la segunda presencia humana.

A sabiendas de que su presencia podía pasar inadvertida entre huecos, entre rocas, empezó a deslizarse. Sabía también que la luz frontal de aquellos hombres-rana podía descubrirle y, de hecho, parecía que aquel que se acercaba en primera posición le había visto. Cambió de posición al ver que el hombre-rana empezaba a apuntarle con el fusil subacuático. Al instante, él hacía lo propio. Metido en un agujero, como un pulpo entre rocas, asomando apenas la punta del fusil acuático, oprimió el disparador que dejaría libre el arpón. Lo vio partir, veloz y reluciente.

Con toda nitidez, a continuación, vio el cuerpo del hombre-rana atravesado, justo por el centro del pecho. El hombre dejó de desplazarse en el agua: estaba como suspendido, y el fusil que había empuñado se hundía lentamente. Malcom veía asomar la punta del arpón que había disparado, por la espalda del hombre-rana, que también empezaba a hundirse, con movimientos lentos.

En cuanto a su segundo atacante, evidentemente había visto ya lo ocurrido con su compañero, y buscaba desconcertado. Su luz no era suficiente para disipar las sombras de los huecos de las rocas submarinas. En cambio, Octopus veía bien los contornos: una silueta humana era demasiado conocida para que se pudiera cometer un error.

Disparó el segundo arpón.

El segundo hombre-rana recibió el impacto en el cuello, y se agitó con aparente lentitud, mientras caía, se hundía, con la punta del arpón asomando por la nuca.

Malcom sabía que eran cuatro, pero, por lo pronto, no distinguía a los otros dos, así que comenzó a alejarse, atento, cauteloso. No

podía descuidarse ni un instante si cada grupo de vigilantes constaba de cuatro hombres, como había afirmado Danielle.

Y era cierto.

Vio al tercero, y al cuarto. Pero lo suficiente lejos de allí, separados, e ignorantes de lo que estaba sucediendo. Por consiguiente, Malcom optó por desaparecer, temiendo, además por su autonomía, y a sabiendas, por otra parte, de que el ascenso a la superficie debía ser lento, por la descompresión...

* * *

Aún en su despacho, Murasaki vio entrar a aquellos dos auténticos rinocerontes. Yumei y Suzume. Dos tipos de casi ciento cincuenta kilos de peso por barba. Dos enormes piezas de museo, sin duda alguna, para demostrar a la Humanidad, al *homo-sapiens*, cuán rara y diversa es su especie.

Dos rinocerontes con pantalones y zapatos, y aquel blusón de seda roja.

Los dos se habían inclinado, mostrando las tremendas nalgas porcinas, a la puerta de la estancia poco menos que sagrada de Murasaki.

Yumei dijo:

—Ha sonado la alarma, honorable.

Murasaki se puso en pie.

—Que venga Jauregg. Inmediatamente.

El propio Yumei volvió a inclinarse, y abandonó el despacho, en tanto Suzume quedaba convertido en poco menos que una estatua: el monumento al rinoceronte. Ignorándole por completo, Murasaki empezó a pasear por el despacho, por debajo de aquellos escudos, por los raros bronceos antiguos...

Jauregg no tardó en llegar con Yumei.

Jauregg era un hombre todo cerebro, si había que juzgar por su abombada frente, por el hundido pecho, por su aspecto de intelectual. Murasaki le habló con rapidez:

—¿Cuál es el peligro? —inquirió.

—Estamos tratando de localizarlo. Sabemos únicamente que está relacionado con los vigilantes del mar: dos de ellos han desaparecido.

—¿Cómo es posible?

—No puedo informar más por el momento. Estamos tratando de averiguar las causas.

—¿Qué informan los de tierra?

—No saben nada, no han visto nada.

—¡Eso no es posible! Quiero saber lo que ocurre antes de quince minutos, Jauregg.

—Espero que le podremos informar al respecto.

—Vamos, vamos, date prisa... ¡Averiguad qué es lo que ocurre!

Jauregg, jefe de alarmas y de vigilancia, abandonó el despacho, dejando a Murasaki con los dos rinocerontes, que permanecían inmóviles, en espera de cualquier orden. Murasaki parecía un poco nervioso. Sin despreciar el peligro, tenía seguridad en sus fuerzas, en su poder. Sin embargo, había algo que en modo alguno quería arriesgar. Noriko. Por tanto, se dirigió a Yumei.

—Di a mi hija que quiero verla inmediatamente.

—Sí, honorable.

Yumei salió de la estancia, y Murasaki volvió a sentarse, tratando de adoptar una actitud serena, tranquila, apacible. Se impacientó un poco. Incluso, en contra de su costumbre, miró el reloj de sobremesa que tenía encima del escritorio: las diez menos quince minutos...

Apenas un minuto más tarde entraba Yumei, hacía su torpe reverencia, y decía:

—Noriko ha salido, honorable.

Murasaki se sintió aún más inquieto. Su atención por los amoríos de Noriko podía esperar, ciertamente, pero no si la situación se complicaba. No obstante, antes de tomar decisiones drásticas debía esperar el informe completo de Jauregg sobre lo que estaba sucediendo. Si habían desaparecido durante la vigilancia dos hombres-rana, debía existir un motivo.

Era de esperar que Jauregg no retrasara demasiado el informe.

CAPÍTULO IX

Había mucho ajetreo en la quinta, y ciertamente, Malcom Shanon lo agradecía.

En realidad, toda la atención se concentraba en el mar, así que él podía moverse, si bien no abandonando las precauciones, sí con cierta comodidad por el recinto de la quinta, saltando por entre los jardines, hollando crisantemos y toda clase de flores en su avance rectilíneo.

La entrada la tenía fijada por una ventana de la gran terraza principal, que comunicaba con el amplio vestíbulo. Dio el rodeo sin trabas, y para forzar aquella ventana, no tuvo ninguna dificultad. Mientras tanto, mucha gente que nadie hubiese esperado encontrar en la quinta del señor Murasaki, iba desapareciendo pasillo adelante, en busca de la entrada a los sótanos.

Cuando Malcom se encontró en el vestíbulo parecía no existir ya riesgo alguno de ser descubierto; por lo menos, durante los primeros minutos... Pero, de pronto, se abrió la puerta del despacho de Murasaki.

El primero en aparecer, fue Yumei; a continuación, Suzume.

Y ante ellos, apenas a diez yardas de distancia, se encontraba Malcom. La sorpresa tenía inmovilizados por igual a los tres hombres.

El resto era cuestión de reflejos, y Octopus fue el primero en empezar a moverse. Fue un movimiento de retroceso, al mismo tiempo que su diestra, armada con una automática con tubo silenciador acoplado, se alzaba, y, ciertamente, Malcom no vaciló en apretar el gatillo.

Era imprescindible conseguir un blanco vital...

¡Plop!, chascó el disparo.

Cuando Suzume, como rinoceronte enfurecido, se hallaba ya lanzado contra Malcom, el plomo se interpuso. Sólo los firmes nervios de Octopus eran capaces de conseguir aquel perfecto blanco. El orificio, negro, diminuto, que empezaba a permitir la salida de un hilillo de sangre, apareció justo en el centro de la estrecha frente de Suzume, y el japonés, el veterano de «sumo», por inercia casi llegó hasta Malcom, pero ya muerto. Se desplomó en tierra, cuando ya Yumei entraba en acción, con una agilidad que no esperaba Malcom.

Como proyectándose, lanzando sus ciento cincuenta kilos por delante, Yumei consiguió llegar hasta Malcom cuando Suzume, muerto, quedaba casi a los pies del agente de la CIA. Yumei realizó dos movimientos, llenos de potencia y de acierto, en un instante en que el poder de Octopus pareció agarrotarse un poco al ver los ojos de aquella enorme fiera fijos en los suyos.

Fue un lapsus de terror, casi desconocido en Malcom.

Ni siquiera pudo esquivar el golpe de Yumei que le arrebató la automática, como pudo arrancarle la mano al mismo tiempo. Tampoco pudo evitar el tremendo empujón que le impulsó de espaldas hasta la pared, si bien no llegó a tocarla, puesto que, recurriendo a toda su agilidad, pudo aferrarse a una armadura de bronce.

Yumei prosiguió su avance, con la clásica actitud del luchador de «sumo», pero Malcom no se dejó engañar, comprendiendo inmediatamente que el japonés, además, tenía grandes conocimientos de «karate», y, tal vez, de «judo».

Para desconcertarle en lo posible, y tener tiempo de recuperar su automática, esperó el ataque de Yumei, y cuando éste se produjo, la armadura que sostenía Malcom fue a parar contra el «sumotori».

Octopus supo entonces lo que significaba la expresión «erizarse el vello», al ver a Yumei tomar la armadura de bronce y aplastarla, abollarla, con la simple presión de aquellas enormes manos.

El japonés ya avanzaba de nuevo hacia él, mirándole fijamente, como queriendo hipnotizarle, a juzgar por la fijeza de sus ojos. Malcom comprendió que sólo alcanzando la automática, y con un disparo afortunado, escaparía de las garras del japonés ex luchador de «sumo».

Ambos hombres empezaron a dar vueltas, uno en torno a otro.

La ventaja estaba de parte del japonés, ya que Malcom, en realidad, sentía prisa por terminar con aquella situación.

Por tanto, arriesgó más: realizó un engaño, fingiendo tratar de huir, lanzándose hacia la ventana; el japonés se apresuró a cerrarle el paso, pero Malcom, con un espectacular giro de su cuerpo, revolviéndose, saltó y rodó luego en busca de su automática. No quedaba otra alternativa.

Desde el suelo, con el japonés rugiendo y avanzando hacia él, Octopus supo disparar a matar.

Imprescindible.

Tiró tres veces; tres sordas detonaciones. Tres impactos, que el japonés pareció encajar sin daño, ante la mirada fascinada, aterrada, del actor-espía, que había clavado una bala en el pecho de aquel hombre, una segunda en el cuello, y la tercera bajo el ojo derecho.

Por fin, el japonés acabó por derrumbarse con estrépito.

Malcom se irguió, y dio unas zancadas hacia el despacho de Murasaki. Abrió la puerta de un tirón, y el pequeño Murasaki apareció, empuñando una pistola. Por supuesto, había captado el rumor de la lucha, pero no esperaba aquel desenlace. Antes de que el japonés consiguiese hacer uso de la automática que empuñaba, Malcom le había ya asestado un seco golpe con el cañón de la suya, arrebatándosela. Luego, le empujó hacia el interior del despacho y cerró la puerta.

—Veo que no se sorprende demasiado, Murasaki —sonrió fríamente Malcom.

—Entre personas inteligentes se anula no poco la capacidad de sorpresa, señor Shanon... ¿O debo decir Octopus?

—He venido a... a invitarle a algo, digamos...

—¿Digamos... poco usual? —sugirió el japonés.

—Concretamente, le invito a hacerse el harakiri.

Murasaki parpadeó lentamente.

—Está en un error, señor Shanon —dijo—. No tengo ese espíritu de sacrificio. No soy un guerrero, un «samurái», ni por mis venas corre sangre noble. Nací en Estados Unidos, de padres emigrados, pobres. Son reminiscencias que uno arrastra durante toda su vida.

—Entonces, todo esto, Murasaki... ¿qué significa?

Murasaki miró en torno.

—Son cosas que cualquiera desea tener... Me he rodeado de las cosas y comodidades soñadas siempre: ahora tengo poder para eso.

—Ese poder desaparecerá dentro de unos minutos.

—¿Está seguro?

—Completamente. Usted no volverá a robar aviones americanos, ni ninguna otra cosa. Su negocio ha quebrado. Diga, ¿para qué adquiriría Domagkwu los aparatos transformados? Inidentificables, es cierto, pero seguían siendo aviones de guerra. Aviones de ataque. ¿Para qué? No se moleste en guardar secretos. Domagkwu no le reprochará que hable, por la sencilla razón de que está muerto.

Murasaki murmuró:

—No ha podido derrotarme usted solo, Shanon.

—No. Realmente, no. Digamos que fueron los Kinugasa. ¿Por qué le abandonaron? ¿Por qué le traicionaron?

—No gustaban de mis nuevas actividades... En cuanto a Domagkwu, no me dio explicaciones, ni le hice preguntas. Imagino, no obstante, que en su país africano debe haber un partido de oposición: guerra civil, pues. Por otra parte, también cabe la posibilidad de que esos «cazas» los quisiera para realizar piraterías aéreas a gran escala en cielo africano. Usted no debe ignorar que ese cielo lo cruzan aviones comerciales con cargas preciosas: oro, diamantes, incluso uranio... Pero todo esto era cuenta de Domagkwu.

—Esto es cuenta de todo el mundo, Murasaki. Esos aviones, de todos modos, ya no cuentan. No harán daño a nadie.

—Habla con tal convicción que parece que debería creerle, señor Shanon. ¿Ustedes, la CIA, se resignan a no recuperarlos?

—Eso es relativo. Perdemos unos «cazas», sí, pero vamos a recuperar con creces su valor. Y le diré cómo. Primero, porque detendremos el buque que ha de arribar al islote del norte de Athol Island; ese buque dispuesto por Domagkwu para cargar dos aviones con las alas desmontadas. Probablemente, ese buque traiga parte del dinero. Además, Murasaki, vamos a poder disponer de su quinta. Incautación. La CIA sabrá colocar en esta quinta, y en sus posesiones de cañas de azúcar y café, un hombre fuerte. Digamos que en cierto modo, su quinta queda en mis manos. ¿Cree que salimos perdiendo en el cambio?

—Todo eso es una hipótesis suya, Shanon.

—No lo crea. Y pierde sus heliostatos, su complejo, sus hombres, su energía... ¡Lo pierde todo! Incluso su organización, Hoshi Umi, Estrella de Mar, quedará reducida a cascotes, a ruinas. Simples ruinas.

Murasaki iba a abrir la boca, pero, en aquel momento, empezó el maremoto.

La primera explosión, por sí misma, quizá no hubiese alarmado a Murasaki. Pero le sucedió la segunda, la tercera...

A intervalos de diez segundos, fueron ocho las cargas que estallaron. La potencia global incluso hizo vibrar las paredes de la quinta. Hubo instantes en que el fragor parecía acercarse peligrosamente, por debajo del suelo, como si éste quisiera abrirse.

Con una fría sonrisa en los labios, con el más duro acero en su mirada, Malcom no dejaba de mirar a Murasaki, cuyo rostro color cirio viejo, adquiriría una rara tonalidad verdosa, ante la evidencia de que estaba ocurriendo algo desastroso.

—Bien, parece que de Estrella de Mar sólo queda usted —dijo, por fin, Malcom.

—¿Qué ha hecho? —musitó el japonés.

—Ácido pícrico, muy concentrado. No ignora, supongo, el alto poder explosivo de esa sustancia. Los percutores eran electrónicos, de tiempo, sin error alguno...

Murasaki pareció querer correr hacia la puerta, pero Malcom le contuvo:

—No pierda el tiempo, Murasaki. Ni siquiera va a poder descender al sótano, a su nave industrial. Ha estallado su poder: están sin energía, han volado los cables... Por supuesto, me gustaría que usted pudiera contemplar el espectáculo que debe estar desarrollándose abajo... Vaya imaginando: todos a oscuras. El cable de conexión de heliostatos está destruido. Y no sólo a oscuras, sino inundados, completamente inundados. La compuerta ha volado, y el mar está penetrando en la nave, aterrando a veinte hombres sin luz, ahogándose, sin poder salir en modo alguno. No funciona el montacargas, no funciona la puerta falsa electrónica... Nada funciona. Están abajo a oscuras, inundados... Como las ratas, Murasaki. Ahora, insisto: hágase el harakiri.

—No le creo, Shanon. Todo eso que ha dicho no puede ser...

El japonés calló.

Parecía haber descubierto algo aterrador en el suelo, a juzgar por su expresión, y por la fijeza con que miraba.

Malcom echó una ojeada.

Por debajo de la puerta del despacho entraba agua.

—Ha debido producirse una grieta en el suelo de la quinta —dijo el americano—. ¿Convencido? Quizá hayan derrumbamientos. Adelante, Murasaki, con ese harakiri.

—*Ynú...* —musitó, desencajando el rostro, el japonés.

—Conozco el japonés, Murasaki. Y no me gusta que me llamen «perro».

Malcom fue hacia uno de los escudos de guerreros colgados en las paredes, y tomó un puñal, que lanzó hacia las manos de Murasaki, pero éste lo dejó caer al suelo: el agua llegaría pronto a los pies de ambos, y el japonés no parecía considerar el momento muy adecuado para un enfrentamiento personal.

Con aquella chispa fría en sus ojos, Octopus esperó sólo unos pocos segundos la decisión de Murasaki. En vista de que el japonés no reaccionaba, lo hizo él.

Avanzó hacia Murasaki.

El japonés creyó ver algo metálico en los ojos de Malcom. Por un momento, sintió la sensación de hallarse ante alguien inhumano. Ni siquiera pudo evitar el quedar petrificado por el terror cuando Octopus movió el brazo derecho, con fuerza, con tal fuerza, que un solo tajo bastó, fue definitivo.

Murasaki había rehusado morir con honor.

Y allí estaba su cabeza, en el suelo, tocando ya agua.

Decapitado, se derrumbó por fin.

Malcom le tiró encima el sable, y se apresuró a correr hacia la salida del despacho. Al abrir la puerta, penetró una leve ola de mar, casi inundando el despacho. Chapoteando por el vestíbulo, sin ver a nadie, corrió hacia la ventana, por la que saltó al exterior, a la oscura terraza principal.

Como ratas, sí... A oscuras e inundados.

Sayonara, Hoshi Umi.

Mientras se deslizaba hacia el acantilado, hacia la franja de rocas y arena que penetraba en el mar, Malcom, aún mirando atrás, tratando de descubrir algún peligro, pensaba en Danielle. Y también en Noriko. Ciertamente, Malcom era un desconsiderado: iba a llegar

tarde, muy tarde, a la cita con la japonesita. ¿O quizá sería mejor no ir? Había de comprender que Noriko había sido parte importante en el éxito, ya que con el mensaje falso que él, diabólicamente, había vertido en sus oídos, había alejado de la quinta a una docena de hombres, que buscaban afanosamente a Danielle y al negro africano.

Así pues, doble desconsideración hacia Noriko: porque no acudiría a la cita, y porque le debía agradecimiento.

Malcom abandonó por fin el recinto de la quinta. Por entre rocas, fue hacia el hueco donde tenía los medios para poder regresar, tranquilamente, al Clarissa.

CAPÍTULO X

Con gran habilidad, Malcom esquivó la presencia de las personas que había en el vestíbulo del hotel, naturalmente todos cambiando excitados comentarios sobre determinadas explosiones...

Subió rápidamente a su *suite*, entró, y cerró la puerta.

Bien, realmente, se podía decir que todo había terminado. La organización Estrella de Mar ya no existía, los robos de los aviones americanos, y los asesinatos de hombres de la USAF y de la CIA, habían terminado. Una vez más quedaba demostrado que, en ocasiones, un solo hombre podía hacer tanto que resultaba incluso increíble. Claro que había que ser un hombre excepcional, pero Octopus era, cuando menos, lo bastante listo para saber que no hay nadie excepcional... en todo momento. Su excepcionalidad fallaría un día u otro, y entonces... ¡adiós, Octopus!

Sí.

Fatalmente, un día u otro...

La llamada a la puerta le sobresaltó. Sólo fue un instante, sin embargo. Enseguida, se volvió y abrió, comenzando a decir:

—Alan, hemos...

Se calló de pronto.

No era Alan Pickford quien estaba allí, sino... Noriko. Noriko Murasaki, menuda, delicada, bellísima, mirándole con una expresión anhelante y dolida, húmedos sus hermosos ojos negros en forma de almendra...

—Noriko —pudo musitar por fin Malcom—. ¿Qué haces aquí?

—No pensabas reunirte conmigo, ¿verdad? —susurró ella.

Shanon parpadeó, miró luego a todos lados, y se apartó.

—Pasa... ¿Acabas de llegar?

La muchacha entró, y esperó a que él cerrase la puerta para

contestar:

—No. He estado escondida detrás de la palmera enana que hay en el recodo del pasillo... Y te he visto llegar.

Malcom Shanon parpadeó... El recuerdo acudió a su mente con fuerte impacto: claro, allá debía haber estado vigilando Millicent Starbrook el día anterior, cuando recibió por primera vez a Noriko en su *suite*. Naturalmente, le diría a Alan que retirase aquella palmera de allí. Y cuanto antes.

—Está bien, Noriko... Lo siento. No podía acudir a la cita, por el momento.

—¿Pero habrías venido?

—Claro que sí —mintió con todo aplomo el actor-espía.

—¿De verdad, Malcom? —gimió ella, anhelante.

—De verdad —sonrió él, abrazándole—. ¿Has venido directamente aquí?

—Sí... Claro. ¿Por qué preguntas eso?

Malcom volvió a sonreír. Al parecer, Noriko no sabía lo ocurrido en la quinta de su padre, lo que quizá facilitase un poco las cosas. Aunque, realmente... ¿qué podía hacer con la bella japonesita? Lo sensato, quizá, sería denunciarla a la CIA, y que ésta, sin que Octopus tuviese que volver a intervenir, se hiciese cargo de la muchacha, que no sabría quién la habría delatado. Noriko sería retirada de la circulación, él quedaría tranquilo, libre de una situación comprometida, y entonces, sí, definitivamente, Estrella de Mar habría desaparecido... Para siempre.

—Por simple curiosidad. Bueno, ya que estás aquí... ¿Puedes disponer de mucho tiempo?

—Para ti, todo el tiempo que sea, Malcom...

Noriko le ofrecía sus labios. Y Octopus los tomó. Estaban fríos, un tanto rígidos, ¡tan diferentes de la noche anterior...! Pero la frialdad y la rigidez duraron sólo unos pocos segundos, y Shanon comenzó a notar en el rostro la agitada respiración que brotaba por la naricilla de Noriko Murasaki...

La apartó suavemente, y le pasó un brazo por los hombros.

—Ven, Noriko. Tengo que hacer una llamada, pero enseguida podré atenderte...

—¿Otra llamada?

—¿Qué? —se sorprendió él.

—Anoche, llamó Danielle. Y ahora, tienes que llamar tú... Yo preferiría que descolgases el teléfono, mi amor.

—Así lo haré..., después de una llamada imprescindible.

Noriko se resignó. Entraron en el saloncito de la fastuosa *suite*, y Shanon condujo a la japonesita a uno de los sillones. La sentó, y señaló hacia la puerta del dormitorio.

—Llamaré desde allí, para no molestarte. Vuelvo enseguida.

Ella sonrió dulcemente. Octopus fue al dormitorio, ajustó la puerta, y fue a descolgar el auricular, vuelto de espaldas a la puerta, para obstaculizar aún más su voz. Solamente tenía que pedir comunicación con Alan, y decirle lo que esperaba con respecto a Noriko Murasaki. Habría sido más práctico comunicarse con él por medio de...

Estaba pensando esto, y descolgando el auricular, cuando creyó oír algo tras él. Más que «oír», «percibió» algo tras él.

Pero ya no tuvo tiempo de volverse: la figurita de plata pura que debía estar en la mesita de centro del salón, pero que estaba ahora en la manita derecha de Noriko Murasaki, cayó con fuerza, en seco impacto, en la parte posterior de su cabeza... Malcom soltó un resoplido de dolor, y se volvió, cayendo de rodillas, pero llevando la mano derecha a la axila izquierda...

¡Cloc!, volvió a resonar su cabeza, al recibir el segundo impacto de la figurilla de plata... Los ojos del actor-espía giraron en las órbitas velozmente, parecieron apagarse, y todo su cuerpo se relajó entonces, cayendo de bruces ante los diminutos pies de Noriko.

La muchacha se aseguró de que Malcom estaba sin sentido, y procedió a darle la vuelta, dejándolo cara al techo; en la frente comenzaba a formarse el tremendo hematoma provocado por el golpe recibido. Con sorprendente serenidad, Noriko se dedicó a registrar los bolsillos del espía americano, y fue colocando a un lado todo lo que encontró, incluida la pistola. Pareció sobresaltarse de pronto, percibiendo su error, y buscó rápidamente algo con qué atarlo. Un par de minutos después, lo había conseguido, con cinturones y corbatas tomadas del armario del propio Shanon.

Ya tranquila en este sentido, se dedicó a examinar lo que había encontrado en los bolsillos del americano... Le llamó la atención de modo especial la barrita de labios... ¿Cómo era posible que un hombre como Shanon llevase semejante cosa en el bolsillo? Tras

contemplantola con curiosidad, se dedicó a examinar detenidamente las demás cosas. Tardó muy poco en convencerse de que no iba a descubrir nada por este procedimiento. Sabía que el americano la había engañado, pero, a todos los efectos, el señor Malcom Shanon, era, simplemente, un ciudadano americano.

¿Y si se estaba equivocando? ¿Y si no había sido él quien había tenido algo que ver con las explosiones que habían terminado con las instalaciones de Estrella de Mar, y posiblemente, con la vida de su padre...?

Miró la pistola, y movió la cabeza con gesto negativo. No. No estaba equivocada, no... Tenía que haber sido Shanon. Sí, él era un espía americano, por eso había buscado contacto con ella, que la noche anterior creyó haber encontrado la ruta de la felicidad y del amor para siempre...

Se puso en pie, y entonces se vio en el espejo del tocador. Estaba demudada, lívida. Sabía que incluso temblaba..., pero estaba dispuesta a llegar al final. Cuando Malcom despertase, le interrogaría. ¡Quería saber toda la verdad! Y si él había sido el que había terminado con Hoshi Umi...

Se acercó al espejo, y se quedó inmóvil, contemplándose. De pronto, recordó el bonito estuche para lápiz labial, y volvió a por él. Lo recogió del suelo, tiró la pistola sobre la cama, y volvió ante el espejo. Si se daba un toquecito de carmín en las mejillas, y lo extendía adecuadamente, su aspecto mejoraría. Muchas muchachas lo hacían.

Así que Noriko Murasaki apuntó la barra de carmín hacia su mejilla derecha, y movió el pequeño botoncito que debía hacerla aparecer, para darse una suave pintada...

Por supuesto, el delgado rayo láser brotó del estuche.

Fue brevísimo, un rectilíneo relámpago, que penetró en la cabecita de Noriko Murasaki, que murió sin saber que la asesina llamada Danielle, contratada por su honorable padre, la había matado también a ella...

Durante unos segundos, el silencio fue total en la *suite*.

A un lado, el cadáver de Noriko Murasaki. Junto a la mesita de noche, Octopus, con un chichón en la frente y otro en la parte posterior de la cabeza, todavía desvanecido... Fuera del dormitorio se oyó el chasquido de una puerta. Luego, unos pasos...

Y finalmente, una voz:

—¿Malcom?

Alan Pickford apareció en el dormitorio. Respingó al ver a Noriko en el suelo..., pero aún respingó con más fuerza al ver a Octopus, inerte, desvanecido... ¿O muerto? Corrió en primer lugar hacia él, y lanzó un fuerte suspiro al comprobar que sólo estaba sin sentido.

Procedió a desatarlo, mientras pensaba que había hecho bien en interesarse por el preocupado informe de la telefonista: el señor Shanon había descolgado el auricular, pero luego no había contestado... ¿Estaría enfadado el señor Shanon? ¿Algo no era de su gusto en el hotel...?

Tras mover la cabeza, Alan Pickford fue a examinar a la japonesita. Movi6 de nuevo la cabeza, y se quedó mirando aquel redondo y negro agujero que tenía en la mejilla. Luego, vio el estuche para lápiz labial, junto a la mano derecha de Noriko... Lo mejor era no tocar nada.

El gemido le hizo volver la cabeza hacia Shanon, que se estaba moviendo. Acudió presurosamente, y le ayudó a incorporarse, y acto seguido a sentarse en el borde de la cama.

—¿Estás bien?

—No —gruñó Shanon.

Parecía que iba a decir algo más, pero entonces vio a Noriko Murasaki, tendida en el suelo, delante del tocador. También vio el estuche para carmín..., y él, Octopus, sí que lo comprendió todo casi al instante.

—Esto sí que lo siento —susurró.

Pero, realmente, la organización Estrella de Mar no podía estar más extinta. Una vez más, Octopus había ganado completamente en su juego contra la muerte.

ESTE ES EL FINAL

Millicent Starbrook se dirigió presurosamente a abrir la puerta de su apartamento, en un bonito edificio de Miami Beach, cerca de Collins Avenue. Seguramente, era Carol quien llamaba. Siempre tan puntual, dispuesta a pasar una noche estupendamente divertida. A fin de cuentas, quien trabaja tiene derecho a divertirse, porque si no, ¡vaya mal negocio que sería la vida!

—Carol, estoy en un min...

Pues no.

No era Carol.

—¿Qué tal, señorita Starbrook? —saludó con simpático gesto Malcom Shanon.

—Se... señor Shanon... ¡Oh, Dios mío!

—¿Dice que soy su dios? —Alzó las cejas Malcom.

—No, no... ¡No! Quería decir... ¿Cómo me ha encontrado?

—¿Tiene usted teléfono, señorita Starbrook?

—Sí... Sí, claro.

—Lo sabía. ¿Y sabe por qué?, pues porque he mirado la guía telefónica, y he visto su nombre en ella.

—Y... y ha visto mi... mi dirección, claro...

—Es usted de una inteligencia agudísima. ¿Puedo pasar?

—Pu... pues... Bueno, iba... iba a salir...

—Me parece bien que usted no permita la entrada en su apartamento a desconocidos. Permítame presentarme: Malcom Shanon. Aquí tiene mi tarjeta...

Aturrida, desconcertada, Millicent tomó la tarjeta... Es decir, la fotografía. Inocencia de inocencias: bajó la mirada para leer el

nombre que, por otra parte, conocía perfectamente, y... no constaba allí tal nombre. Lo que había en la fotografía era la imagen del señor Shanon, de cuerpo entero y con menos ropa que un pingüino en el trópico.

—¡Santo cielo! —gimió Millicent, enrojeciendo intensamente— ¿Qué..., qué es... esto?

—Oiga, señorita Starbrook —gruñó Malcom—, ¿va a decirme que no es capaz de identificar lo que está viendo?

—Pu... pues... ¡Haga el favor de guardar esto! ¡Y márchese de aquí, so... so... sinvergüenza! ¡Usted es un... un...!

Tiró la fotografía al pecho de Malcom, que la atrapó al vuelo, y acto seguido adelantó un brazo, impidiendo que Millicent cerrase la puerta. Entró en el apartamento, cerró, y se quedó contemplando con el ceño fruncido a la muchacha, durante unos segundos. Por fin, sacó otra fotografía, y la tendió a Millicent.

—¿Qué diría usted de la persona que para anunciarse hace llegar una tarjeta de visita como ésta, señorita Starbrook?

Millicent volvió a enrojecer, y alargó la mano hacia su propia fotografía, que días atrás hiciera llegar a manos del famoso Malcom Shanon, medio en broma y medio en serio, para conseguir una entrevista.

—Es..., es diferente... —tartamudeó—. Esto era..., era sólo para trabajar... Qui... quiero decir que... Bueno, usted ya sabe que yo sólo quería... una entrevista en exclusiva...

—Pues ya la ha conseguido. Aquí me tiene. Y le advierto a usted que mi fotografía también es de trabajo. Aparezco así en mi película *Todos somos iguales*.

—Ah..., sí. Siendo así...

—¿Pues qué creía?

—Bu... bueno, yo... Bien, iba a salir con una amiga...

—¿Entiendo que no desea ya una entrevista completísima y especialísima con el famosísimo Malcom Shanon? ¡Por el amor de Dios, no me diga que hablaba eh serio cuando dijo que le gustaba el tontorrón de Redford! ¡Pero si a mi lado es... es un... un pigmeo tuerto y cojo...!

—Me... me parece que exagera usted...

—¿Exagero? Bueno, vamos a poner las cartas boca arriba, señorita Starbrook: usted me gusta un horror, así que al grano, o

sea... Ya me entiende. Vamos a hacer la prueba, y si le gusta, yo le cuento mi vida, para que luego no se queje, y nos ponemos en órbita. Vamos, vamos, es imposible que yo no le guste a usted... ¡Pero si de eso se dieron cuenta hasta los ratones del hotel...! ¿Y sabe qué ha pasado en estos días que no la he visto? Pues que no he hecho más que pensar en usted, de modo que me he convencido de que era una estupidez no venir a buscarla. Así las cosas, y para terminar, vamos a la prueba. Si no le gusta, me iré. Pero si le gusta, dígamelo bien claro. ¿De acuerdo?

—Bueno, yo...

Shanon abrazó a la señorita Starbrook, y le lanzó a toda presión uno de los besos «no filmables» de su repertorio. El tiempo comenzó a pasar.

A pasar.

A pasar.

El timbre del apartamento sonó. Luego, se oyó una voz femenina, llamando a Millicent. Después, de nuevo el silencio. Y el tiempo pasando...

Y solamente a la mañana siguiente pudo reunir fuerzas Millicent Starbrook para decir:

—Desde luego, el Redford ése es un pigmeo cojo y tuerto..., amor mío.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...